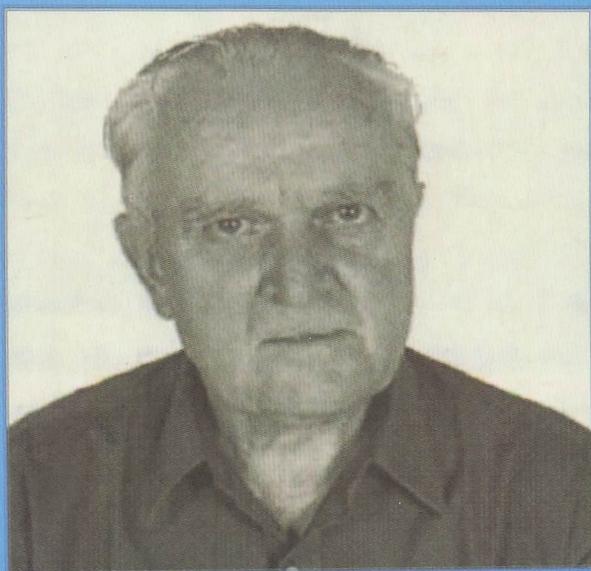


LA MISIÓN CAMBIA DE ENFOQUE

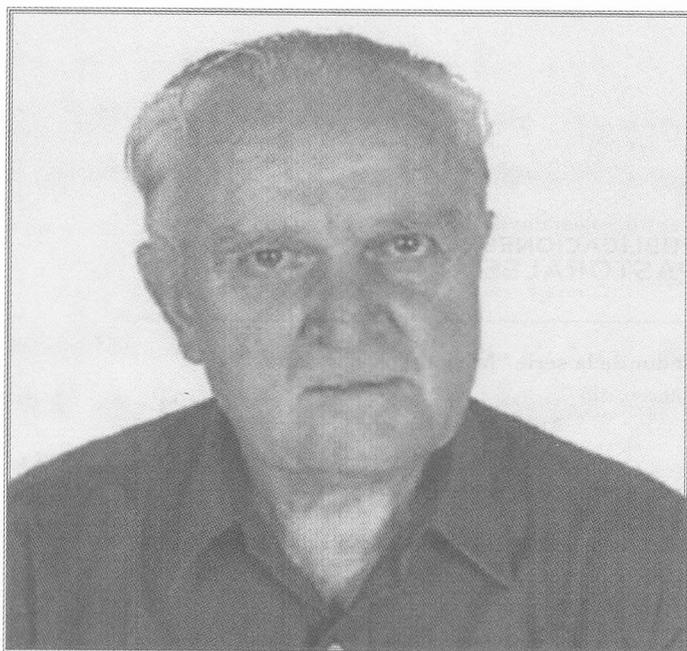
Notas autobiográficas del P. Juan Shutka



Inspectoría Sagrado Corazón de Jesús

LA MISIÓN CAMBIA DE ENFOQUE

Notas autobiográficas del P. Juan Shutka



Inspección Sagrado Corazón de Jesús



Coordinador de la serie “Misioneros salesianos”

P. Juan Bottasso, sdb

©2016

Diseño y diagramación: Gorky Bonifaz

Edición: Centro Salesiano de Publicaciones Pastorales José Ruaro

Dirección: Av. 12 de Octubre N23-88 y Veintimilla

Telf.: 02 2506 251

Correo-e: luzdeldomingo@salesianos.org.ec

www.publicacionespastorales.com.ec

Impresión: Editorial Don Bosco

Centro Gráfico Salesiano

Telf.: 07 2831 745 ext. 21903

PRÓLOGO

El CG 19 hacía una invitación a la Congregación de revivir “el ideal de Don Bosco, que quiso que la Obra de las misiones fuese el afán permanente de la Congregación, hasta el punto que formara parte de su naturaleza y finalidad. La dimensión misionera es un rasgo esencial y constitutivo de nuestra identidad como Congregación. Así leemos en nuestras *Constituciones*: «Los pueblos aún no evangelizados fueron objeto especial de la solicitud y pasión apostólica de Don Bosco, y siguen apremiando y manteniendo vivo nuestro celo. *En el trabajo misionero reconocemos un rasgo esencial de nuestra Congregación*. Con la acción misionera realizamos una obra de paciente evangelización y plantación de la Iglesia en un grupo humano» (*Const.* 30).

Así también, la Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes es eminentemente misionera y a lo largo de los 127 años de trabajo pastoral, educativo y evangelizador, hemos sido fieles a esta identidad misionera y creemos que este rasgo forma parte de cada uno de nosotros, de nuestro corazón pastoral.

Como Inspectoría Sagrado Corazón de Jesús, nos hemos propuesto dar a conocer algunos rasgos biográficos, testimonios y vivencias de salesianos misioneros de la Amazonía, sobre todo, de quienes han trabajado con los pueblos shuar y achuar.

En esta oportunidad ofrecemos a la Familia Salesiana la vida del P. Juan Shutka a través de un interesante trabajo de compilación y reconstrucción biográfica realizado por el P. Juan Bottasso. La obra consta de dos partes. La primera parte, con algunos datos biográficos del P. Juan Shutka y la segunda parte, la narración de algunos recuerdos que el P. Juan confió al P. Domingo Barrueco y que describe ciertos rasgos de su carácter y experiencias en la realización de su vocación misionera salesiana.

El P. Juan Shutka, un excelente misionero que consagró su vida entera al servicio del pueblo shuar. Supo promover la organización política, la defensa de la cultura y de las tierras. Impulsó

con audacia y creatividad la educación, la salud, el idioma shuar, y una evangelización inculturada.

El P. Juan nos ha dejado un grande legado de su opción misionera y su testimonio como ser humano, como salesiano coherente y fiel, como sacerdote misericordioso y compasivo con el estilo de Don Bosco. Invito a leer estas páginas como un compromiso y un llamado a renovar nuestra opción misionera por el Dios de la Vida y por el servicio generoso y gratuito a los más pobres ahí donde el Señor nos envíe.

Dios nos siga bendiciendo con nuevas vocaciones misioneras, y que el camino que nos han trazado estos grandes misioneros sea recorrido por muchos jóvenes que quieren también dar sus vidas en la construcción del Reino de la Bondad y la Alegría.

Con afecto, en Don Bosco.

P. Jorge Molina, sdb

ÍNDICE

Presentación

P. Juan Bottasso	9
------------------	---

Primera parte:

Etapas de una vida	15
Infancia y juventud	17
Un paréntesis en Italia y viaje hacia Ecuador	22
De camino hacia la misión	24
En la misión de Kuchantsa	28
Acumulando experiencias	31
Estudios de teología en Bogotá	35
Una excursión a Yaupi	38
Un caso de consecuencias dolorosas	42
Otra vez en el teologado	43
La idea de la Federación	47
Un médico irresponsable	54
En la misión de Bomboiza	55
Dos casos muy extraños	58
Nuevos cambios	59

Segunda parte:

Recuerdos sueltos	63
Mi amistad con Sor María Troncatti	65
Mis caballos	71
La tradición y la ciencia	82
Nakaimp	86
Fundación de la Federación	93

PRESENTACIÓN

P. Juan Bottasso

No recuerdo exactamente el mes, pero sí el año: 1951. Siendo yo muchacho, en Valdocco (Turín] una mañana vi aparecer un grupo de jóvenes altos, rubios, con botas, gorras y extraños abrigos raídos y largos, tipo militar. Escuchamos que eran salesianos que, entre mil peripecias y desafiando varias veces la muerte, habían logrado escapar de uno de los regímenes comunistas más opresivos de Europa central, el de la República Popular Checoeslovaca, como se la conocía entonces.

Ese día yo no podía imaginar que años después, en 1960, me encontraría con uno de ellos, Juan Shutka, en Bogotá y pasaría un año en su compañía, estudiando teología. En noviembre de 1963, y por tres años, me tocó trabajar en Sucúa (Morona Santiago) con él. Yo me acababa de ordenar de sacerdote y había sido destinado a aquella misión; él llevaba allí tres años, poniendo las bases de la Federación de Centros Shuar, que se inauguró oficialmente en enero de 1964.

La suya fue, sin lugar a dudas, una intuición genial. Los salesianos llevaban ochenta años acompañando al pueblo shuar: ocho décadas que habían visto desfilar grandes figuras de misioneros y misioneras, gente capaz de soportar las privaciones y estrecheces de una existencia difícilísima, en un ambiente inhóspito.

Nadie puede negar que su labor era generosa, pero tampoco se puede desconocer su carácter paternalista. En ella prevalecía una actitud de tipo protectorio: en el fondo se consideraba al pueblo aún inmaduro para el manejo de su destino.

Una visión así encierra un peligro: el de considerar que falta siempre algo para dar el paso, temiendo que el pueblo carezca de la experiencia suficiente para afrontar la inserción en un Estado nacional, con sus exigencias, desafíos y complicaciones.

El padre Shutka, en cambio, creyó que era urgente promover la organización política, para que el grupo manejara su proyecto histórico, sin intermediarios. En algunos líderes, especialmente en Miguel Tankamash, encontró interlocutores inteligentes con los cuales buscó la solución de los grandes problemas de los shuar: defensa del territorio, frente al imparable avance de la colonización; valorización de la cultura y en especial del idioma; manejo directo de la educación y salud, preparando un personal propio, capaz de armonizar la tradición con la modernización.

La organización adquirió pronto una gran solidez y sirvió de ejemplo para otras que se implementaron en el Ecuador y en el continente. Uno de sus puntos de fuerza fue darle mucha visibilidad, haciéndola conocer en el mayor número posible de foros.

Esto permitió a la Federación conseguir el apoyo de muchísimos aliados. Muchos shuar, que habían pasado por las misiones en calidad de alumnos, habían adquirido no solo un buen manejo del castellano, sino una visión bastante clara de la complejidad del mundo blanco-mestizo, con sus leyes, su lógica, sus juegos de poder, sus trampas e hipocresías. Las antiguas escuelas de la misión llegaron así a constituir un semillero de líderes, que fueron madurando y asumiendo responsabilidades.

Entre los años sesenta y noventa coincidieron en el Vicariato Apostólico de Méndez varias figuras de misioneros que dieron un gran aporte en múltiples frentes: investigaciones antropológicas, recolección de mitos, trabajos lingüísticos, un nuevo enfoque de la evangelización. Se trabajó para organizar la escuela bilingüe intercultural y para implementar la Radio Federación (hoy Radio Arutam) que dio gran impulso al uso del idioma, como instrumento de compactación del grupo.

Hasta 1969 trabajó en la misión de Sucúa la hermana salesiana María Troncatti, declarada beata en noviembre del 2011. El padre Shutka la consideró siempre como una auténtica madre (él que había debido abandonar la suya, huyendo de su tierra) y tuvo con ella una relación de enorme cariño.

No es de extrañar que las iniciativas del padre hayan despertado incomprendiones y resistencias. A muchos colonos les pareció que, por su culpa, los shuar se habían vuelto rebeldes y demasiado combativos. Las tensiones subieron de tono hasta desembocar en el incendio de la misión de Sucúa. Los mismos shuar con el pasar de los años, fueron tomando cierta distancia y asumiendo actitudes críticas. Es algo normal y un signo evidente de maduración que, sin embargo, en el momento, no deja de causar cierto dolor.

Pero el padre nunca abandonó su serenidad, sazónada de cierta ironía.

En los últimos años la falta de salud le causó grandes molestias.

“¿Cómo está, padre Juan?”. La respuesta llegaba, invariablemente acompañada de una sonrisa: “¿Qué saco quejándome?”

La madrugada del 11 de agosto de 2014 ese corazón, que había sostenido tantas batallas, cesó de latir: una congestión pulmonar pudo más que las resistencias de la robusta constitución física de este sólido eslovaco. Tenía 84 años. Cuando su país reconquistó la libertad y la independencia, al padre se le ofreció la posibilidad de regresar. Inclusive no faltaron presiones de los salesianos de allá para que volviera a unirse a ellos. Prefirió quedarse en Ecuador, en la tierra de sus luchas, a la cual se sentía vinculado para siempre.

Ahora descansa en la cripta de la catedral de Macas, al lado de tantos misioneros que no tuvieron reparo en entregar su vida, convencidos que valía la pena dejarlo todo, empezando por su patria y su familia, para anunciar los valores del Reino.

Todos han tenido sus méritos, todos han dado de diferentes maneras. De ellas la gente de Morona Santiago conserva una memoria agradecida.

El padre Juan Shutka será recordado por el empuje decisivo que dio para reorientar la labor de los misioneros, sobre todo de los que se dedican a acompañar al pueblo shuar. Su experiencia

nos enseña que ningún logro es definitivo y que cada generación debe saber afrontar con creatividad desafíos siempre nuevos.

* * *

Esta pequeña obra se compone de dos partes. La primera contiene algunos datos biográficos del P. Juan Shutka y unas páginas con los recuerdos que le confió al P. Domingo Barrueco.

Son relatos muy interesantes porque nos revelan como él ha sabido afrontar los desafíos que las circunstancias le presentaban. Nos permiten además tener una idea de cómo se desarrollaba la vida en las misiones, en una época en que el Oriente no era el que conocemos ahora, sino una región muy aislada, con poquísimas vías de comunicación, muchas penurias y la consecuente urgencia diaria de afrontar el problema de la subsistencia.

La segunda parte la componen unos breves capítulos que describen ciertos rasgos de su carácter y ciertos aspectos de sus actividades. La fuente ha sido el texto que el padre escribió en eslovaco y que, traducido al castellano, fue utilizado tanto por el P. Domingo Barrueco como por Lauro Samaniego, como se indicará más adelante. Son páginas que ponen de relieve cómo el P. Juan fue obligado a ser innovador y creativo por el apremio de la necesidad, ayudado por un conjunto de habilidades alcanzadas en su juventud.

Basta ver como se le ocurrió comenzar a fabricar ladrillos y cal, a pesar de no haberlo hecho nunca antes. Para fundir el hormigón había aprendido en el campo de concentración y en Colombia afinó la técnica.

La necesidad de fundar la Federación nació al constatar que el papel de tutor de los shuar le acarrearía mil odiosidades y no ayudaría a ese pueblo a salir de la minoría de edad.

Asimismo, fue la necesidad de comunicarse con las comunidades esparcidas por la selva la que le hizo pensar en la implementación del sistema radiofónico.

Las intuiciones son indispensables, pero no garantizan el éxito. Si, a lado de ellas, no existe una extraordinaria constancia y fuerza de voluntad, las mejores iniciativas naufragan, al chocar con los inevitables obstáculos. Como dijo la británica Doris Lessing: “El talento es algo bastante corriente. No escasea la inteligencia, sino la constancia”. Juan tuvo inteligencia y una buena dosis de “terquedad”.

Él murió el 11 de agosto de 2014. El sábado inmediatamente siguiente, en el acostumbrado enlace semanal (sabatina) el Presidente de la República, Rafael Correa, dedicó unos minutos a hablar de las misiones salesianas y del P. Juan Shutka. Las que siguen son unas expresiones textuales suyas, como fueron recogidas en la grabación

A finales del siglo XIX llegaron los salesianos, que se establecieron definitivamente en la región. Ecuador fue uno de los primeros países del mundo en recibir misiones salesianas. Si la memoria no me falla, porque yo tuve formación salesiana, fueron las segundas misiones enviadas por Don Bosco, santo fundador de los salesianos. Aún en vida, él envió las misiones salesianas a nuestra Amazonía, porque uno de los carismas salesianos es trabajar con los pueblos indígenas, otro de los carismas es trabajar con jóvenes y otro de los carismas es trabajar con los pobres.

No podemos dejar de mencionar al padre salesiano Juan Shutka, oriundo de Eslovaquia, que falleció el pasado 11 de agosto a los 84 años de edad.

¡Cuánto hicieron los salesianos por el pueblo shuar!, y hoy hay ciertos dirigentes shuar que quieren hacer creer que los salesianos se apoderaran de la tierra shuar, cuando por ejemplo la Federación Shuar, tal vez la organización que

queda por más antigua y sólida del país, fue gracias al impulso de estos misioneros salesianos. La gratitud es una virtud, compañeros.

El amor produce siempre cosas buenas, en el odio, así se diga que tiene cosas buenas, siempre hay más engaño y prejuicios.

El padre trabajó muy cerca, impulsó la Federación de los Centros Shuar en Sucúa, así como su organización previa, una institución pionera en todo el continente relacionada con la organización indígena en defensa de los derechos ancestrales, sobre todo con alfabetización y escolarización de los queridos jóvenes.

Que descanse en paz el padre Juan Shutka, en esa paz con la que siempre trabajó. Gracias comunidad salesiana, gracias padre Juan.

En el Oriente ecuatoriano de hoy el Estado tiene una presencia que era inimaginable cuando allá llegó el P. Juan, hace más de sesenta años.

La situación de los autóctonos es absolutamente otra y a su lado vive una población de colonos, numerosa y muy activa. Hay que alegrarse por esto, pero sin olvidar el sacrificio de los pioneros, que en esas tierras dejaron sus vidas.

PRIMERA PARTE

Las etapas de mi vida

INFANCIA Y JUVENTUD

Para tener una información somera sobre los primeros 20 años de la vida P. Juan Shutka podemos contar con dos fuentes que se complementa mutuamente. La primera es una entrevista que le hizo el P. Domingo Barrueco, quien la resumió, sin reproducir las palabras textuales, en el N.º 17 de las “Narraciones de la vida misionera” (Macas 2006). La otra es un texto que Lauro Samaniego utilizó para escribir el libro “Huellas en la selva, testimonio de un misionero”, editado por el Consejo Provincial de Macas (s. f.). Como el mismo Samaniego afirma (p. 18), él se limitó a proporcionar algún embellecimiento estético “al documento del P. Shutka, escrito sin afán de ser publicado, al más puro estilo frío y pragmático del europeo. Lamentablemente ese texto no se lo pudo ubicar. Es posible que se trate del mismo escrito del que habla el P. Barrueco, en la segunda parte de su libro, anotando: “El trabajo que presento ahora es edición basada en un documento del P. Juan Shutka. Este escrito del padre es una traducción en castellano del original que él escribió en eslovaco, la lengua de su tierra” (p. 70).

Juan Shutka nació en Orovnic, Eslovaquia, el 11 de septiembre de 1930, siendo sus padres Cirilo Shutka (la grafía propia en Šutka) y Paulina Louecky. Tuvo dos hermanas, Vilema, que llegó a ser hija de María Auxiliadora y Elizabeth.

Terminaba la Segunda Guerra Mundial, Checoslovaquia (como se llamaba entonces el país que más tarde se partió en dos) quedó en la esfera rusa y muy pronto comenzó la persecución contra la Iglesia católica. En el mes de abril de 1950 el régimen comunista incautó todas las propiedades de los religiosos; el personal fue llevado a campos de concentración y condenado a trabajos forzados.

Juan, que había hecho el noviciado en 1947-1948, en ese año se encontraba cursando los estudios de filosofía, cuando, la noche entre 12 y 13 de abril, con sus compañeros fue sorprendido durante el sueño por la irrupción de un pelotón de uniformados. Les dieron 5 minutos para recoger lo más indispensable y los obli-

garon a subirse a los autobuses que los esperaban. No les fue proporcionada ninguna información sobre su destino. El día 13 llegaron a Podonilec, a una casa de los padres redentoristas. En un aula de la misma, absolutamente despojada de muebles, fueron encerradas 36 jóvenes, custodiados por un militar.

Evidentemente las puertas fueron cerradas.

Se trataba de un campo de concentración. Allí la jornada comenzaba a las 6, con unas clases de ciencias políticas, a las cuales seguía un desayuno muy austero: un trozo de pan y una taza de café negro, después pasaban todos al trabajo manual. Al grupo de Juan le fue asignada la tarea de cavar el desagadero.

Un día llegó al campo un delegado del régimen; reunieron a todos los trabajadores para que escucharan una charla de mentalización: la finalidad era la de convencerlos a que dejaran sus anacrónicas ideas religiosas y regresaran donde sus familias. Para ese funcionario el ingreso de esos jóvenes a la vida religiosa no había sido libre, sino forzado.

Juan se levantó y le replicó valientemente, en defensa de la libertad de pensamiento y de la autodeterminación. Este gesto le costó ser denunciado a las autoridades y ser fichado como individuo peligroso, enemigo del régimen. Una noche, cuando todo el mundo estaba acostado, en el dormitorio irrumpió un militar que gritó: "Juan Shuska, venga conmigo". Los presentes respondieron: "Aquí no hay ningún Juan Shuska". El militar se retiró y cerró la puerta con llave. Pero pronto regresó y ordenó: "No es Shuska, sino Shutka; que me acompañe". En el patio estaba esperando un vehículo que emprendió viaje de inmediato, sin que a Juan se le notificara el destino. Le acompañaban dos milicianos.

Al atardecer fue dejado cerca de Bratislava, en un campo de concentración en el cual se encontraban los superiores de las comunidades religiosas y tres obispos. Pero allí permaneció muy poco; debía ser llevado a otro campo, ya no en Eslovaquia, sino a la que sería después la República Checa.

Juan cayó en la cuenta de que se le hacía siempre más difícil continuar con su propósito de seguir como religioso, pero no se resignó y decidió aprovechar cualquier posibilidad que se le ofreciera de encontrar una vía de escape, aun a precio de correr un gran riesgo.

Llegando a la estación ferroviaria de Bratislava notó que todos viajaban al lado izquierdo del tren y él hizo lo posible para quedarse rezagado. Notó que en el lado opuesto, otro tren estaba por partir: saltó de su vagón y lo abordó, mientras ya estaba en movimiento.

Abandonada la estación buscó la casa de un compañero salesiano que lo puso en contacto con otro sacerdote igualmente salesiano, que se dedicaba clandestinamente a ayudar a los cohermanos para salir del país.

Tuvieron un sobresalto cuando escucharon en la radio que se denunciaba la fuga de Juan y se hacía un llamado para que, cualquiera que conociera su paradero, lo denunciara.

Juan recibió indicaciones precisas sobre lo que debía hacer. El domingo siguiente, a las cuatro de la tarde, un salesiano pasaría por la calle, frente a la casa donde se encontraba.

Desde adentro le harían señas para que entrara. Efectivamente a la hora indicada apareció en la calle la persona esperada. Se pusieron de acuerdo sobre el día y la hora en que debían encontrarse. Juan llevaría una camisa azul y una boina roja: era el distintivo de la juventud comunista. Llevaría también un portafolio.

En el día establecido viajaron hasta Brno, en Moravia, allí debían encontrar a un joven seglar que les preguntaría quiénes eran y a dónde pensaban ir. Debían decirle que deseaban ir a Bratislava a visitar a sus familias. Cumplidas estas formalidades el joven los invitó a que viajaran juntos. Ya había caído la noche.



Con un grupo de salesianos P. V. Calleja, P. J. Bohne, P. N. Pulici, P. J. Zanovello, P. R. Clemente, Sr. Samaniego, Sr. Bonatto, Sr. Marini, P. R. Guglieminotti, P. R. Toigo.

Caminaron hasta el amanecer, hasta llegar a PUISDORF, en Austria, pero la aventura no había terminado. La zona estaba bajo control de los rusos. Fueron en bus hasta Viena y se hospedaron en la casa salesiana.

El párroco vecino se ofreció para ayudarlos a pasar a la zona americana: él tenía un salvoconducto que le permitía moverse con libertad.

Pidieron un taxi y llegaron al lugar que separaba la zona rusa de la americana. El taxista le urgió a Juan que se bajara y atravesara corriendo ese amplio espacio, sin detenerse: habría que aprovechar el preciso momento en que los militares comunistas hacían el cambio de guardia. El párroco, con el taxista regresó a su casa y Juan se dirigió a Lintz y de allí a Turín, para ponerse a órdenes de los superiores salesianos.

Fue enviado a un pequeño pueblo, Foglizzo cerca de Turín, donde tenía su sede un instituto destinado a los estudiosos de las letras dísticas y de la filosofía de los jóvenes salesianos de la región del Piamonte.

Nota

En los apuntes del P. Barrueco y de Lauro Samaniego debe existir un vacío, porque en su relato no consta que Juan Shutka haya ido a trabajar en la construcción de la represa de una central hidroeléctrica, mientras que él en la entrevista afirma que aquella experiencia le permitió conocer el manejo del hormigón y eso le sirvió en Kuchantsa.

Las páginas que siguen contienen las expresiones textuales de Juan, como las recogió el P. Barrueco en su entrevista y como aparecen en el escrito que él mismo Juan dejó y que fue traducido al castellano.

Solamente se ha corregido la puntuación y alguna que otra expresión demasiado ceñida al lenguaje hablado, que abunda en muletillas y palabras repetidas.

Es muy posible que el P. Barrueco no haya resistido a la tentación de pulir algunas expresiones y las haya enriquecido con adjetivos que seguramente no son del padre: quien lo trató largamente conoció muy bien su estilo y por esto se eliminaron algunos de estos “embellecimientos”, pero en forma limitadísima.

En todas las conversaciones directas, para no hacer demasiado pesada la lectura con una infinidad de comillas, he pensado eliminarlas, aun sabiendo que, desde el punto de vista de la gramática, no es lo más correcto.

P. J. B.



Arriba: P. Luis Bolla y P. Ambrosio Sainaghi. Abajo: P. Shutka con una joven shuar.

Un paréntesis en Italia y viaje hacia Ecuador

En el estudiantado filosófico de Foglizzo, me encontré con tres españoles. Y ustedes, ¿qué hacen aquí? les pregunté. Me dijeron que se iban de misioneros a la India. Yo también quisiera ir a las misiones, les dije. ¿Cómo se hace para ir a las misiones?, pregunté. Me explicaron que debía hacer por escrito una solicitud al padre Modesto Bellido, que era entonces el Superior encargado de las Misiones de la Sociedad Salesiana.

Hice la petición y, después de unos días, el padre Bellido contestó que mi intención era muy buena, que había que orar mucho al Señor y que oportunamente me comunicaría lo que había que hacer. Efectivamente recibí una carta en la que se me decía que me destinaban a San Francisco de California. Muy bien, me dije para mí mismo, no hay problema.

Yo, ¿qué sabía entonces de las misiones, ni de nada? Después de algún tiempo el padre Modesto Bellido me escribió de

nuevo diciendo: “No hay como ir a California, porque, en Estados Unidos no reciben a ciudadanos de países socialistas, te vas a Argentina”. Bueno, contesté, voy a la Argentina. Días después, recibí una tercera comunicación. Hubo Capítulo General. El padre Felipe Palomino, Provincial del Ecuador, había pedido personal. El padre Bellido, atendiendo al pedido del Inspector del Ecuador, me anunciaba otro cambio de destino: iría a las misiones del Ecuador. Bien, dije yo, vamos al Ecuador.

Emprendí el viaje el 11 de Enero del año 1953. Me embarqué en el puerto de Génova. En Barcelona se nos unieron tres españoles que iban a Centroamérica, también el padre Rafael Clemente y el señor Diego Hidalgo, que venían conmigo al Ecuador.

Llegando a Guayaquil, subió al barco para recibirnos el señor Mateo Ambrogio, sdb, laico salesiano, muy cumplido siempre, que daba órdenes e indicaciones con aplomo y solemnidad a todos, en toda circunstancia. Siguiéndole, bajamos del barco y llegamos al Colegio Cristóbal Colón. Al día siguiente, nos presentamos en la oficina de extranjería para registrarlos y para proveernos de la visa de entrada oficial a la República de nuestra nueva Patria.

En los días de nuestra permanencia en Guayaquil, tuve la suerte de conocer al padre Albino del Curto. En el Cristóbal Colón me encontré con monseñor Domingo Comín, hacía retiro espiritual con un grupo de salesianos. Al saludarlo me dijo: “Tú eres mío, tienes destino para las misiones. Hasta que aprendas el castellano te quedas donde el inspector te designe”.

Después de dos días de permanencia en el Puerto, a eso de las cuatro de la mañana, hicimos la travesía del Guayas, en gabarra, hasta Durán. Luego viajamos en autoferro hasta Azogues. Desde allí en autobús hasta Cuenca. El padre Inspector, Felipe Palomino, me dio como destino el de asistente de novicios. El noviciado estaba entonces en Cuenca. Pasé los primeros días en la Casa Central de las Misiones (ahora Parroquia de María Auxilia-

dora). Allí fue a encontrarme el padre Antonio Guerriero, que era maestro de novicios y con él me trasladé al noviciado, en Yanuncay.

Era director de la Comunidad del Noviciado el padre Aurelio Mapelli. Formaba también parte de la Comunidad del Noviciado el padre Vicente Zarzosa. Yo empecé a cumplir con mi obediencia de asistente de novicios, eran nueve entonces: seis clérigos y tres laicos. Cuando ya lograba pronunciar algunas palabras en español, me atreví a decirles a los padres en una reunión: “Pero ¿qué hacemos aquí con estos muchachos? Mandemos la mitad de ellos a sus casas. El padre maestro me replicó: pero hijito ¿con quién nos quedamos? Efectivamente todos se fueron a sus casas, menos Emiliano Chiriboga.

De ahí yo recibí una carta del padre Martín Krizan. En ella me decía: “Mi asistente está preparándose para viajar a Colombia, para hacer los estudios de teología. Prepárese Ud. para venir a trabajar en la Misión de Kuchantsa. A mí me interesó bastante la invitación que me hacía el padre. Me escribía en mi lengua, porque el padre era eslovaco, como yo. Esto acontecía en el año 1953.

De camino hacia la Misión

En junio salieron los directores a Cuenca para hacer los ejercicios espirituales. El padre Martín Krizan vino a visitarme a Yanuncay. Preparamos el viaje en el mes de julio. Íbamos en un bus desde Cuenca hasta Sevilla del Oro. Los padres habían contratado algunos arrieros y acémilas. Al día siguiente temprano comenzaba a llover, pero desde Sevilla, el padre Martín Krizan, el P. Luis Bozza, el señor Sagbay, coadjutor salesiano laico y yo, nos metimos en el viaje. Íbamos los tres a caballo. Era la primera vez que yo montaba a caballo. Nunca lo había hecho en mi vida. Llevábamos casco en la cabeza, “poncho de aguas”, que nos cubría desde los hombros hasta media pierna, bajo las rodillas y el zamarro, desde la cintura hasta los zapatos.

Seguíamos subiendo y subiendo, hacia la parte más alta de la cordillera de los Andes por un camino muy estrecho que llamaban camino de herradura, decían que lo había hecho el padre Albino del Curto. La lluvia nos perseguía sin parar, llovía torrencialmente y nosotros subíamos y subíamos, vueltas y vueltas... ¡qué largura! El padre y el señor Sagbay iban delante con un arriero, y yo detrás. Las nubes estaban muy bajas, llovía y llovía y no se veía nada. Todos seguíamos adelante sin decir una palabra, con las riendas del caballo en la mano y los ojos muy abiertos, por temor de perdernos. Yo me sentía inseguro por la lluvia, el silencio de mis compañeros y por lo desconocido que resultaba todo aquello para mí.

El frío del páramo, a cuatro mil metros de altura, no me preocupó mucho, porque en mi tierra, el clima llegaba hasta 30 grados bajo cero. Lo que me resultaba muy molesto era el dolor de las piernas, especialmente desde que comenzó la bajada de la cordillera. En cada escalón del camino, sentía como si me golpearan en los muslos. Con la lluvia que nos seguía, porque no dejó de llover torrencialmente, llegamos finalmente, por la tarde, a un lugar que llamaban Pailas.

En Pailas no podíamos continuar, porque seguía castigándonos un aguacero muy fuerte, además ya era tarde. Me dijeron que hasta allí se hacía siempre el primer día de camino, y allí se pasaba la noche. En Pailas había un tambo, una casita de paredes de madera. Entramos al tambo subiendo unos escalones de madera. El piso del ranchito estaba a un metro de altura sobre el suelo y debajo era la pocilga de los cerdos. Dentro del tambo no había nada, estaba completamente vacío. Dormimos sobre las tablas del piso. Tomamos un bocado del fiambre que nos habían preparado en Sevilla y nos acostamos, con lo puesto, con la misma ropa del camino. Solamente dejamos a un lado el poncho y el casco. Cuando ya estábamos tumbados en el piso, sobre las tablas, el padre Luis Bozza, decía bromeando que debajo del piso estaban los cerdos roncando. Y encima estoy roncando yo, respondí. Pero, como quiera, dormí bien. Yo pasé seis meses en el campo de concentración, en trabajos forzados, antes de venir al Ecuador y aquello era

peor, así que no me cogió de sorpresa, ni el dolor de las piernas del camino, ni la cama de tablas del tambo.

Al día siguiente no podíamos salir porque no había escampado y seguía una lluvia pertinaz y muy fuerte, y quedamos ahí, prácticamente hasta las dos de la tarde, cuando más o menos se abrió el tiempo y calmó la lluvia, pero ya no viajamos aquella tarde. Los tambos estaban ya calculados para un día de camino entre uno y otro. Y saliendo a mediodía nos cogería la noche a medio camino de la siguiente etapa y en media selva. Al día siguiente, cuando mejoró el tiempo, salimos todos para viajar al Mirador. Llegamos un poco tarde y nos quedamos allí para pasar la noche.

La mañana del otro día, los arrieros dijeron que no podíamos seguir con los caballos, porque más abajo había caído el puente del río Negro. Ellos volvían a Sevilla de Oro y nosotros debíamos seguir a pie. El padre Martín me había comprado un tipo de zapato ruso, que llamaban entonces “zapato de suela raspada”. Era nuevo y me molestaba mucho porque era estrecho. Nosotros comenzamos a caminar de bajada, cuando llegamos a ese famoso río Negro, vimos que, efectivamente, se había ido el puente totalmente. Solo quedó colgando un cable de acero. Había un gancho de madera con un torniquete y a él estaba amarrado un bejuco que sostenía una tabla. Entonces, uno se sentaba encima de la tabla, con una soga se jalaba del gancho desde la otra orilla y el gancho del que pendía la tabla se corría sobre el cable hasta la orilla. Si no había alguien que jalara del gancho, uno mismo se agarraba al cable de acero con las manos y se iba corriendo hasta la orilla. Nosotros pasamos cada uno por nosotros mismos, sin que nadie nos jalara. Y debajo había un río con un montón de agua, era una cosa impresionante, pero gracias a Dios hemos pasado.

Había una profundidad de 12 metros desde el cable al río. De ahí seguimos caminando despacio. Ya estamos en la selva, me dije yo. Los árboles eran muy altos y de tronco grueso proporcionado. A mí me llamaban la atención los bejucos que colgaban

de las ramas de los árboles. Eran largos y bajaban rectos y lisos. Era la primera vez que yo veía eso. Años más tarde, cuando yo contaba esto, algunos me preguntaban si no había visto películas de Tarzán.

No, yo no las había visto. Y no tenía idea de lo que era la selva, con toda aquella vegetación tan espesa y árboles tan grandes. Al ver los bejucos colgando de las ramas de los árboles, pensaba que habrían hecho antes algún tendido de línea de luz o de teléfono, y quedaron ahí colgados trozos de los cables. Se me ocurrió eso, porque no sabía cómo explicarme qué hacían esas cosas colgando allá. Llegamos finalmente a otro lugar que llamaban Santa Elena, como al mediodía.

El sol era fuerte. No recuerdo si almorzamos en Santa Elena. Allí ya había teléfono. El padre Bozza se acercó y llamó a Méndez para que mandaran caballos para encontrarnos. Más adelante en Copal, el padre Martín Krizan se compadeció de mí y consiguió un caballo. Yo monté y seguí. Me dolía mucho el pie por los zapatos, porque eran nuevos y estrechos, pero el caballo, como yo no sabía manejarlo, iba por donde quería. Al pasar cerca de un potrero, vio la hierba y se salió del camino y se metió a comer en el potrero. En ese lugar quedé solo, sobre el caballo y ellos se fueron delante.

Me puse a gritar y a gritar y finalmente asomó el padre Martín para socorrerme. Me bajé del caballo y él montó. Le dio unos sacudones con la rienda, porque no quería salir del potrero y siguió adelante. Yo seguí caminando hasta Tres Ranchos, también con dificultad, cuando llegábamos al Partidero, llegaron los shuar del intenido de la Misión de Kuchantsa. Eran tres internos, cada uno con un caballo y otro caballo para el padre Bozza, que era de la Comunidad de la Parroquia de Méndez.

Montamos a caballo; un shuar robusto, que se llamaba Ushpa, montó como decían “al anca” detrás de mí. Yo estaba un poco preocupado, porque la bajada del Partidero hasta el puente de Guayaquil era muy pendiente y el caballo me gol-

peaba continuamente en cada escalón del camino y también porque era la primera vez que veía a esa gente. Yo había escuchado de los shuar, incluso habían proyectado esas cosas en Italia. El padre Fredigotti estuvo de visita en el Ecuador y, al volver a Italia, fue a visitarnos al filosofado y nos contaba sobre las misiones del Ecuador.

Llegamos hasta el puente, los padres ya habían pasado. Yo iba detrás de ellos con este joven. Él bajó del caballo y yo también me bajé, y entramos al puente de Guayaquil, se movía un poco, pero pasamos. Era simpático eso de ir llegando, porque desde El Partidero se veía allá abajo la Misión de Kuchantsa. Y en un momento dado, prendieron la luz. Era imagen muy hermosa esa luz en la noche, porque era de esperanza y de alegría: ya llegábamos y terminaba el sufrimiento del camino y estábamos en casa: en la Misión, que yo quería conocer. Cuando llegamos a la misión enseguida nos llevaron al comedor, nos habían preparado alguna cosa de comer, y de ahí a dormir.

En la misión de Kuchantsa

Yo llegué a la Misión de Kuchantsa el día 2 de febrero del año 1953. El padre Luis Bozza, era director de Méndez-Parroquia y el padre Martín Krisan director de la Misión de Kuchantsa. Estaban a distancia de unos dos kilómetros. Llegando desde Cuenca, se encontraba primeramente Kuchantsa y más abajo Méndez-Parroquia. En la Misión de Kuchantsa, había internado de niños y jóvenes shuar de ambos sexos y dos comunidades de misioneros, una de salesianos y la otra de María Auxiliadora.

Como la carga nuestra quedó al otro lado del río Negro del puente roto, al día siguiente yo me puse otro tipo de calzado y con el señor Sagbay, volvimos otra vez allá, para traer la carga con los caballos de la Misión.

Yo comencé el trabajo de asistente, había 24 muchachos internos, entre ellos había algunos grandes, trabajadores y otros de la escuela. El padre Martín me encargó un grado o algo así, en la

escuela. Había en la Misión, una parte de las construcciones para las hermanas salesianas y un patio para las niñas shuar, y del otro lado de la iglesia que separaba las dos partes, estaban las construcciones y el patio para los varones y para los padres. Todo era de madera. Había una casa grande, el padre Martín, el director de la Misión, había comenzado a construir el comedor de los padres, el comedor de los muchachos y una especie de teatro de ladrillo. El comedor era todo de madera. Luego se hizo de ladrillo. Cuando yo llegué, el padre Martín ya había levantado las paredes de ladrillo, hasta las ventanas.

Hasta llegar yo, un señor Sarmiento hacía los ladrillos en Méndez. Nosotros íbamos y comprábamos los ladrillos y los llevábamos en cajones de madera, cargados sobre los caballos y los llevábamos a la casa, y con eso se construía. Yo le decía al padre: si aquí tenemos buena tierra, buena arcilla ¿por qué tenemos que ir a Méndez, a cargar los ladrillos? Podríamos hacer ladrillos acá, porque yo iba con los jóvenes a las chacras y vi que había material, buena tierra para hacer ladrillos.

Entonces hemos hecho una prueba, una experiencia: hemos armado un galpón y un horno provisional, y hemos comenzado la fabricación de ladrillos. Ya había muchachos internos, y comenzaron a llegar más, ya se podía trabajar con ellos en los ladrillos.

La cal la quemábamos recogiendo piedras que traíamos del río Kuchantsa, era piedra caliza, luego cortábamos troncos de leña y teníamos un horno. Hemos preparado un tipo de horno que llenábamos primero con la leña en la parte de abajo, hasta media altura. Luego, encima poníamos las piedras calizas. Las piedras de cal se reconocían porque tenían una veta blanca. Se prendía el fuego y eso quemaba y quemaba dos días. Cuando había terminado de quemarse ya quedaba abajo solo la ceniza de la leña. Entonces, esa piedra ya era toda hecha cal y la sacábamos. Con ella y los ladrillos levantábamos las paredes de las nuevas construcciones de la Misión, la cal hacía de cemento. La cal nos resultaba muy barata, el cemento en cambio resul-

taba muy costoso, porque había que traerlo con mulares desde Sevilla de Oro, al otro lado de la cordillera. También nos servía la cal para enlucir y pintar de blanco las paredes. Las construcciones de Kuchantsa y el hospital de Méndez fueron las primeras construcciones de ladrillo en el Vicariato. Las demás eran de madera y cubiertas de paja y, más adelante, de láminas de aluminio. Yo continué normalmente mi trabajo en mi cuarto año de tirocinio hasta el año 1957.

Yo iba bien con los internos. Claro que decían: el señor Juan es bravo, pero todos felices y contentos, porque hacíamos gimnasia y cosas así y eso les encantaba a ellos. Cuando venía algún huésped armábamos en cinco minutos una presentación para recibirlos: ellos todos contentos, porque ya teníamos números preparados que ellos sabían de memoria: lo hacían bien.

Era simpático. Una vez, un domingo de tarde, estábamos en el patio y de pronto se oyó debajo de la casa de madera el chillido de un sapo. Los chicos gritaban: napi, napi, napi. Y corrieron todos alegres hacia donde se oía el chillido. Ellos se metieron debajo del piso de madera de la casa y sacaron la culebra, el sapo ya estaba dentro de la culebra, se veía el bulto en la parte del cuerpo de la culebra. Un muchacho trajo corriendo un machete y cortó en dos partes el cuerpo de la culebra y el sapo saltó fuera libre y feliz, pero un poco más allá, un pato lo vio, corrió hacia él, lo agarró con el pico y se lo comió. Los muchachos vieron lo que hizo el pato, pero no podían matar al pato, no se movieron para impedirlo, no golpearon al pato, solo vieron cómo iba corriendo para comerse al sapo, vieron como lo cogía y lo engullía. Luego se fueron, como si nada. Yo dije: ya habrán visto otras veces cosas así.

Comenzamos el trabajo de los ladrillos en la tejería que habíamos construido en los terrenos de la Misión, y siguieron subiendo las paredes del comedor hasta el techo. El padre Martín y todos muy contentos, porque los ladrillos eran buenos, ya no teníamos

que ir a Méndez para comprarlos y traerlos. El padre se ahorra plata para otros gastos de la Misión. Pero lo que me llamó la atención, era que el padre Martín aceptaba fácilmente cualquier sugerencia mía, por así decir, yo quedé bien impresionado de eso, porque todo lo que decía, me lo aceptaba.

Yo me quedé asombrado porque en una semana más o menos, hicimos en el patio un tanque de cemento. Traíamos el agua que venía desde una quebradita que había arriba, cerca de la Misión. Con cañas de guadúa, venía el agua y luego entraba ya más limpia hasta el tanque de cemento por un tubo de hierro. Con el tanque, tuvimos agua corriente para la Misión.

Un día me dijo el padre, venga arriba a mi despacho. Y yo subí. Siéntese, me dijo, señalándome una silla frente a un escritorio, él de un lado y yo enfrente de él. Me senté y me dijo: ¿qué tal de salud? Yo me eché a reír, porque me di cuenta que me había llamado para cumplir con el reglamento de las casas salesianas: el director debía llamar una vez al mes a cada salesiano de su comunidad para dialogar con él sobre la marcha de la casa y el cumplimiento de sus obligaciones como religioso. Y todo en eslovaco... Yo nunca había tenido la idea de que había que hacer "rendiconto" (así se llamaba este diálogo que se debía hacer con el director cada mes). Pero todo fue muy simpático.

Acumulando experiencias

Yo admiré siempre al padre Martín. Salí una vez con él hasta el anejo de Patuca. Fueron también los internos con nosotros. En Patuca se estaba construyendo la capilla. Yo quedé impresionado. Cuando llegamos allí, estaban haciendo minga los shuar. Estaban preparando un solar para la construcción de una capilla en un espacio como de una hectárea de extensión. Así la capilla estaría alejada de la vegetación y habría patio para la celebración de fiestas y para los deportes.

Me impresionó el ver cómo trabajaban y la facha que presentaban. Hombres, mujeres y niños, sucios de polvo, negros algunos de fango y de humo, pero todos parecían contentos y decididos en el trabajo. Unos: mujeres, jóvenes y niños, rozaban, con el machete, la hierba y la maleza que crecía entre los árboles. Los más pequeños, recogiendo y llevando hierbas, ramas y maleza y haciendo montones fuera del espacio, otros, los hombres y jóvenes, hacha en mano, tumbaban los árboles. Los hachazos resonaban en el silencio de la selva. Otros cortaban en trozas los troncos. Era un hormiguero humano organizado espontáneamente, sin reglamentación formal, pero eficiente era la labor que desempeñaban, porque cada uno hacía su trabajo.

En noviembre, como se enfermó el P. Carlos Poggione y estuvo en el hospital de Méndez, yo iba a visitarlo con cierta frecuencia, hasta que falleció. Hicimos el funeral en la Misión. Estaba también como personal de la Misión, el señor Solís, salesiano laico. Decían que venía el padre Julio Pianello a sustituir al padre Poggione. Una tarde efectivamente, al otro lado del río Kuchantsa, se oyó un disparo de bengalas. Antes era así: venía el padre Julio y él mismo se anunciaba.

Había un problema serio en la Misión. Nosotros teníamos una instalación hidráulica y para mover la turbina, había una acequia que llevaba el agua desde el río hasta la Misión. Pero para recoger el agua para la planta, habían colocado un palo largo, en sentido horizontal, de una orilla a otra del río. Y luego unos palos que bajaban desde el palo largo hasta el suelo. Y ahí le echaban hojas anchas y encima piedras para hacer la represa y embalsar el agua del río. Un día vino una crecentrada del río Kuchantsa y se fue todo con el agua. Y yo le decía al padre: ¿por qué no hacemos una cosa seria, segura, con cemento. ¡Ah, ah! Bueno, dijo el padre. Y ¿cómo se hace?

Como yo tenía ya experiencia, porque en el campo de concentración había trabajado en ese asunto de las represas para las hidráulicas, hemos comenzado desde abajo. Hemos puesto unas piedras enormes y sobre las piedras, dentro de cajones de madera, pusimos

trozos de hierro que habían sobrado de la construcción del puente de Guayaquil. Fuimos rellenando con piedras, arena y cemento, haciendo fundición y así llegamos hasta arriba de la presa y se formó una laguna muy linda. De ahí ya comenzó a salir el agua por el canal hacia la turbina. Porque estaba la lagunita, más o menos unos 500 metros, y por el canal de tierra pasaba el agua. Ya teníamos agua en la Misión y también hacíamos los ladrillos y se construía.

Salí a Cuenca para los ejercicios espirituales y me tocó la renovación de los votos, hice la profesión perpetua en Cuenca, Yanuncay. Fue simpático porque estaban presentes en la ceremonia el padre Felipe Palomino, que era el inspector, el padre Antonio Guerrero, que era el maestro de novicios y el padre Prémoli. Yo estaba en el reclinatorio delante del altar, recitando la fórmula de la profesión de los votos perpetuos y al fondo alguien gritaba fuertemente ¡no dijo castidad!, ¡no dijo castidad, ¡no dijo castidad! Yo suspendo, espero un momento en silencio y la voz siguió repitiendo: ¡no dijo castidad! Miro hacia atrás para ver quien hablaba, y era el padre Prémoli. Entonces yo miro al inspector y el padre me dijo: continúa, continúa.

Terminada la renovación, el padre Inspector me dijo que, como no tiene quien me sustituya, que vuelva a Kuchantsa y continúe un año más, antes de ir a estudiar la teología. Lo regular era hacer tres años antes de la teología. Este período de tres años se llamaba tirocinio. Yo hice 4 años de tirocinio en el Ecuador, por falta de personal. En años anteriores algunos habían hecho hasta seis años antes de la teología. Durante ese período alguna vez viajé a Sucúa, porque el padre Adriano Barale había traído una radio de comunicación para Kuchantsa.

“El padre Martín me dijo: Vete con el padre, acompáñalo hasta Chiguaza y de vuelta te quedas en Macas para hacer los ejercicios espirituales. En esos días se hacían los ejercicios espirituales en Macas. El padre Barale era joven, caminábamos rápido y cuando ya nos acercábamos a Chiguaza, por ahí a las seis de la tarde yo preguntaba a cada rato: ¿dónde está la Misión? Cuando llegamos

a lo que después fue la cabecera de la pista de aviación, me dijo: sube a este tronco y verás. Era un tronco cortado de un árbol, y efectivamente, desde encima del tronco, se la veía de lejos. No había pista ni nada. Dormí en Chiguaza.

Al día siguiente el padre Barale mandó a dos muchachos que me acompañaron hasta Sevilla Don Bosco, pero ellos iban despacito y en cambio yo debía caminar rápido, porque de tarde comenzaban los retiros en Macas y entonces me adelanté. Llegué como a la una de la tarde a Sevilla Don Bosco, allí almorcé y pasé enseguida, en canoa, el río Upano y llegué con tiempo a Macas. A las cuatro y pico comenzamos el retiro. Estaban en Macas, para los retiros, el padre Otto Riedmayer y diez sacerdotes y misioneros.

Ha sido interesante el viaje de Macas a Súcua. El tiempo que se ocupaba era de cinco o más horas a caballo, hasta más y había un camino muy malo. Pero yo admiré a los dos padres que viajaban conmigo: el padre Manuel Pachacamac y el padre Domingo Barrueco. Querían llegar hasta la Misión de Limón. En esos tiempos yo todavía era joven y caminaba bien, pero ellos también seguían adelante sin desmayar, llegamos a buena hora a Sucúa. Hicimos cuatro horas nada más, y allí almorzamos. Nos atendió el padre Natale Lova de feliz memoria, que era director.

El padre nos facilitó caballos y, cabalgando, llegamos al atardecer a Chinimbi. Allí había una caseta de madera de tres por tres metros, que no era ni tambo. No tenía puerta, ni estaba habitada por nadie. Nos recostamos sobre las tablas del piso como estábamos: sin lavarnos, ni más nada. No recuerdo si habíamos llevado algo para merendar desde Sucúa. Al día siguiente, las cabalgaduras volvieron a Sucúa con un interno que nos había acompañado hasta allí.

Al amanecer, con nuestra mochila al hombro, los tres jóvenes misioneros, reanudamos a pie la marcha hasta Kuchantsa. Llegamos de noche, más que cansados, agotados y llenos de fango,

de pies a cabeza. La intención de los padres de Macas era la de llegar hasta la Misión de Limón, pero el cansancio los desanimó y se volvieron a Macas.

Cuando yo llegué a Kuchantsa eran solo 24 los internos, cuando salí, después de cuatro años de tirocinio práctico antes de la teología había 78 internos, y aunque decían que el señor Juan era bravo, ningún muchacho se me escapó de la Misión, inclusive nunca se enfermaron de sarampión. Yo les exigía, es cierto, pero ellos comprendían por qué se exige, y yo me dedicaba totalmente a clases y trabajos, siempre con ellos: desde la levantada hasta que se dormían. Nadie se escapó.

En ese entonces el señor Ambrosio Sainaghi, era asistente de Limón (llamábamos asistente al misionero, siempre joven, de cada comunidad que pasaba todo el día acompañando a los internos: en el dormitorio, en el comedor, en el patio, en la escuela, en el trabajo, en el paseo. Era considerada falta grave el dejar solos a los asistidos).

En Limón conocí al padre Blas Re. Era simpático, porque enseguida me dijo, mira voy a dedicarte una pieza. Yo no sabía qué quería decir, pero él cogió su violín y tocó una pieza. Estuvo entonces allí el padre Luis Carollo, director de la Misión. Nos recibió con mucha bondad.

Encontré también allí a Victoriano Calleja, que estaba de vacaciones. Siempre a pie, con Victoriano Calleja, de Limón caminamos todo un día hasta Méndez. Debíamos cruzar el río Paute que un poco nos retuvo, en cierto sentido, hasta que llegara el tamborero. Con Calleja, inclusive salimos al frente de la Misión, al otro lado del río, en un potrero y allí nos tomamos la foto.

Estudios de teología en Bogotá

Terminados los cuatro años en el internado de Kuchantsa, viajé a Bogotá para los estudios de teología. En el teologado éramos seis ecuatorianos para el primer curso, la composición de los es-

tudiantes ecuatorianos era especial: dos eran italianos, Aldo Canzi y José Carollo, dos ecuatorianos Telmo Delgado y Elías Morales, y dos eslovacos, Juan Shutka y Mateo Króvina. Lo que nos pasó en el Teologado fue una cosa dolorosa: Telmo Delgado falleció un Jueves Santo. Salieron con el padre Rodríguez a visitar los monumentos, el padre Rodríguez había entrado en el estudio y dijo: los que quieran pueden venir conmigo a visitar los monumentos.

Yo también salí y me acerqué a la furgoneta. Telmo estaba adelante, al lado del chofer, pero estaban un poco apretados y él se hacía a un lado para darme puesto a mí, que estaba al lado de la puerta de la cabina. Los demás estaban detrás. Como estábamos muy apretados, dije: más bien vayan ustedes yo me quedo. Y no salí con ellos, me quedé en casa.

Al poco rato regresó el Pacho Gómez, un colombiano, con la sotana sucia y preocupado, y contó la historia del accidente. Corría la furgoneta a velocidad muy alta y en una curva se salió de la carretera. La furgoneta se viró, salieron pronto los que estaban dentro y luego intentaron levantar la furgoneta y encontraron a Telmo, debajo de la furgoneta, muerto.

El padre Granja, que era profesor y responsable del grupo de los estudiantes ecuatorianos, estuvo muy sufrido, y nosotros también. Entonces, el director del Teologado, nos encargó a un teólogo colombiano, Gabriel y a mí, para hacer gestiones en la Policía a favor del padre que conducía la furgoneta. Allí, en la Jefatura, estuvimos intercediendo por él, hasta la hora de la madrugada. Querían capturarlo al padre Rodríguez, y yo les decía no pueden hacer eso, si lo hacen el tipo se muere, porque el padre está desesperado. Y el jefe de la Policía no quería entender razones, y nosotros, a insistir una y otra vez y a buscar argumentos, unas veces Gabriel y otras yo. Avanzamos ya en la madrugada del Viernes Santo a conseguir la liberación del padre Rodríguez.

Seguimos los estudios de teología. Cada año volvíamos a las misiones durante las vacaciones. Yo no volví en las vacaciones. Tres veces me quedé estudiando, porque me interesaba la arquitectura. Estuve dos años en Bogotá con Pepe Carollo y otro año me quedé yo solo en Medellín.

En las vacaciones, después del segundo año de Teología, volví a Kuchantsa, viajé con Aldo Canzi, porque él iba a Méndez-Parroquia. Desde Colombia, durante el curso, estábamos en comunicación continua con el padre Martín, el director de la Misión de Kachantsa.

Yo había visto en las construcciones de Colombia, un sistema especial de construcción: utilizaban cajones de guadúa, o sea quincha partida, en forma de tablitas cada 80 cm y se cargaba eso y quedaba un espacio de 10 cm entre cajón y cajón, y eso se llenaba de hierro delgadísimo, encima se ponía otro hierro delgado. El padre había llevado a Méndez con tiempo todos los materiales que se necesitaban, para hacer construcciones de este tipo. En esas vacaciones, hemos construido en Kuchantsa planchones para el segundo piso de las habitaciones de todos los padres, para los comedores de los padres y de los chicos y para el teatro. Había en total unos 35 a 40 metros de la longitud que estaban construidos.

Terminadas las vacaciones en Yaup', porque el padre Martín estaba en Yaup', volvimos a Bogotá para el último año de Teología. El padre Granja estaba siempre preocupado cuando no volvíamos de las vacaciones para viajar a Colombia, por los trámites de la aduana. Siempre teníamos dificultades y discusiones con los policías colombianos, por lo de la frontera. El padre era muy meticoloso y siempre nos daba normas de cómo debíamos portarnos, quien podría hablar, quien no debía hacerlo. Decíamos que íbamos a Colombia como quien va en peregrinación a Las Lajas. Pasábamos la frontera tranquilos y visitábamos Las Lajas. Y de Las Lajas íbamos en avión a Bogotá. Al volver, viajábamos de Bogotá a Las Lajas. Y al día siguiente viajábamos a Quito. Podíamos hacer así, porque los guardias de la frontera cambiaban de un día a otro y entonces no había problema.

Una excursión a Yaup'

Yo en esas vacaciones viajé a Yaup'. Don Cornelio Torres era arriero: él me facilitó el caballo, cuando llegué en avión desde Pastaza a Sucúa. En Sucúa esperé un día o dos en la Misión y al día siguiente reemprendí el viaje para Yaup'. El viaje desde Sucúa a Yaup' era así. Don Cornelio Torres me facilitaba un caballo para ir hasta Chinimbí. En Chinimbí había un tambo del Vicariato para los que iban y volvían del otro lado de la cordillera del Kutucú.

Desde allí, un empleado de don Cornelio, se volvía con el caballo a Sucúa y yo con unos chicos mayores del internado de Sucúa pasaba la tarde y la noche en el tambo hasta el día siguiente. Y al día siguiente, de mañanita, pasábamos en canoa el río Upano, con la mochila a la espalda caminábamos a pie, trepábamos por la cordillera y al otro lado bajábamos hasta llegar a la Misión. Allí había otro centro misional con internado de niños y niñas shuar, estaba de director el padre Martín Krizan, mi paisano. A veces había que dormir al otro lado de la cordillera, bajando hacia la selva: se hacía un ranchito con palos y hojas de palmeras y se dormía bien, hasta el otro día.

Anteriormente ya había ido yo una vez a Yaup' desde Kuchantsa, y fue interesante porque me acompañó un shuar adulto interno, muy decidido. Esa subida era muy fuerte porque era una subida de tres horas de camino, pero yo no tenía mucho problema. Yo le preguntaba cuánto faltaba para llegar a la cumbre y él me decía: falta más todavía. Cuando finalmente llegamos arriba ya era de noche. Salimos de Kuchantsa de mañanita cruzamos el río Upano fácilmente y llegamos oscureciéndose: un día entero hasta subir hasta la parte más alta de la Cordillera del Kutucú, pero desde Kuchantsa, cuando yo era tirocinante, llegábamos arriba también en un solo día.

Al llegar arriba, el shuar preparó una especie de rancho que era fácil hacerlo: no costaba mucho esfuerzo, luego se prendió el fuego, tomamos algo y a descansar. Yo no tuve problema nunca para dormir en cualquier sitio. Quedó el fuego prendido hasta le-

vantarnos por la mañana. El shuar decía: es por los leones americanos que andaban arriba. Yo nunca vi ningún animal, ni nada, lo que yo vi fue en la subida una manada de paujiles.

En una ocasión regresábamos de paseo del Yurupasa. Por el sendero encontramos a dos que volvían de Méndez, en dirección opuesta a la nuestra. Y nosotros volvíamos de Yurupasa a la Misión, eran como 12 o 13 shuar ya jóvenes. De repente en el camino apareció un tigre. Era hermosísimo ese animal, era grande, bonito y cuando nos acercábamos, él se metió en el monte y nos dejó el sendero libre. Yo de pronto, pensé que el tigre seguía a esos dos.

Pero yéndome a Yaup' tuve un solo problema: porque simplemente se pierden todas las uñas de los dedos de los pies. Yo perdí todas las uñas. Al día siguiente uno descubre que la parte de los dedos que cubren la uñas está negra, y es por eso que se caen las uñas. Vuelven a salir de nuevo, porque la sangre se va de debajo de la uña. Cuando llegué a Yaup', estaban ahí el padre Juan Ghinassi, el padre José Peters y el clérigo Pelizzaro, que recién había llegado de Italia.

Al día siguiente el padre Juan Ghinassi, nos invitó a ver la pista para la avioneta que estaba construyendo: caminando más de media hora nos fuimos hasta allá. Vimos los trabajos. Tenía una especie de carreta: los shuar la llenaban de arena y de ripio del río Huambiza. La carreta tenía dos ruedas que él había traído. Nos acompañaban los internos: para ellos ir al río es siempre fiesta.

Se van familias enteras, no tienen prisa, emplean todo el día. Pescan con barbasco. Buscan barbasco entre los árboles, lo machacan con las piedras del río para que salga el líquido, que es veneno para los peces, lo echan al agua y esperan. Los peces empiezan a subir de dentro del agua, se van flotando río abajo. Entonces todos se meten corriendo en él, gritando de alegría, y cogen los peces y los lanzan a la orilla fuera del agua.

Nosotros para pescar llevamos un taco de dinamita, porque también se pesca con dinamita. Al explotar esta en el río, muere

una cantidad inmensa de peces de todo tamaño. En el río Yaup' había entonces muchos peces. Tú te metías a la orilla y a un metro de distancia veías los peces moverse en cantidad de un lado para el otro. Nosotros recogimos tres changuinas. Para ellos era comida de gran fiesta. Enseguida buscaron leña, encendieron fuego y allí mismo, en la orilla del río, ahumaron los peces, para que duraran sin estropearse.

Al día siguiente, salí para regresar a Méndez tranquilo, contento. Caminé dos días subiendo y bajando la cordillera del Kutucú con el mismo joven que me acompañaba. Él llevaba nuestras cosas personales y una parte del pescado ahumado, pero yo cargué la changuina llena de pescado ahumado todo el camino. Los muchachos internos de la Misión estuvieron felices porque era una golosina de primera, porque en el río Paute no hay peces como en los ríos al oriente de la cordillera, al otro lado del Kutucú.

Había detalles muy interesantes en el internado. Había un interno al que le llamábamos "negrito", se llamaba Shakai. Era pequeño, pequeño, y claro yendo al trabajo le considerábamos siempre un poco. Tanto el señor Sagbay, como el señor Solís y yo, le permitíamos pequeñas libertades. Cuando volvía del trabajo en la chacra, siempre llevaba envuelto en hojas algo de comer, y lo pasaba a la cocina. La hermana cocinera y las chicas de la cocina también eran buenas con él y le preparaban lo que él llevaba de la chacra, lo que fuera: pajaritos, pescado, hormigas...

Un día yo me acerco a un compañero del morenito y le pregunto: ¿qué estás comiendo? ¿Qué te dio el compañero? Él dijo: pájaro, pregunto a otro: ¿qué comiste? Pájaro respondió él también, y así respondieron unos cinco. Todos habían comido pájaro, y después pregunto ¿qué pájaro era?, y él me contesta: jembue. El jembue es el colibrí (el pájaro más pequeño de la selva). Los primeros españoles que lo descubrieron, lo llamaban "pájaro mosca". Con un colibrí comieron cinco muchachos. El que lo había capturado, el negrito, lo cogía con

dos dedos, lo rompía en trozos y lo daba a los compañeros. Era bonito ver esa actitud de compartir.

Los internos, sabían muy bien lo que debían hacer, yo distribuía el trabajo a los grandes en un lugar para tumbar árboles, desmontar, sembrar o para lo que fuera. Después, los más pequeños, en la chacra, debían sacar la comida. Debían sacar 15 changuinas de comida: papachina, yuca, plátano, camote, maní para llevarla a la Misión, a la despensa. Los demás íbamos a trabajar o a limpiar o lo que fuera. Las chicas siempre aparte. Nunca trabajábamos juntos.

Entonces los piojos, así llamábamos a los pequeños, José y otros... sacaban la comida, preparaban y llenaban las changuinas, y todos a trabajar. Al volver, terminada la tarea del trabajo, cada uno cogía su changuina llena de comida, otros cargaban palos de leña para la cocina y regresaban a la casa. Esa distribución ayudaba mucho, porque los que limpiaban rendían más, los pequeños que sacaban la comida también rendían, porque debían llenar las changuinas, y los grandes igual. Y se traía generalmente más leña o algo aparte. Los mayores traían las changuinas de comida y los plátanos, que eran lo más pesado, para la cocina. Todo esto del trabajo y el de los ladrillos se hacía en la Misión de Kuchantsa.

Un día, al terminar de quemar los ladrillos en el horno que nosotros mismos habíamos construido yo le dije al padre Martín: Padre, ¿podría darnos un chanchito para hacernos una merienda con los muchachos allá arriba, en la lagunita? Sería bueno agradecerles por lo que han hecho, han trabajado duro en la tejería. El padre, muy amable, nos lo concedió. Entonces yo les dije a dos de los muchachos: ustedes vienen detrás de nosotros para que los demás no se den cuenta. Nosotros vamos y seguimos trabajando normalmente, ustedes lleven ese chanchito y lo preparan, lo cocinan y a las 4:30 nosotros bajamos y encontramos ya todo listo, comemos y regresamos a la tejería. Fue todo muy simpático, estaban felices los muchachos, porque, imagínate: ¡comer chanchito hornado, en aquellos tiempos! Habían trabajado duro. Allá me pasó una cosa muy especial.

Un caso con consecuencias dolorosas

Habíamos hecho un galpón provisional para ver si el material, la cal que sacábamos de las piedras calizas del río Kuchantsa, servía. Como sí servía, hemos optado de acuerdo con el padre Martín, hacer un galpón definitivo para secar los ladrillos antes de meterlos en el horno. Primero había que tumbar el anterior galpón viejo y pequeño, que no nos servía y nos estorbaba para levantar otro de más capacidad. Estuve con unos cuatro muchachos más grandecitos, con la barreta en la mano: trabajamos las guaduas de las paredes y de la cubierta. Había una viga arriba como cumbrera.

Yo calculando un poco digo: Si movemos este pilar, se cae la cumbrera. Y entonces, agarré la barreta, moví el pilar y... cayó todo, pero no del lado que yo pensaba, sino que cayó hacia donde yo estaba. Todo el techo de hojas y guadúas y la pesada viga de la cumbrera, cayeron sobre mí. Yo quedé allí aplastado, con todo aquel peso encima.

La viga de la cumbrera me había golpeado la espalda y me era imposible moverme. Los muchachos se asustaron y bajaron corriendo a avisar a la Misión. Al poco tiempo regresa el padre. Yo no podía moverme, porque la viga era muy pesada, Los muchachos asustados no tuvieron la ocurrencia de ayudarme para nada. Corrieron a avisarle al padre y le dijeron: el señor Juan murió aplastado en el galpón. Y llegó el padre Martín todo preocupado.

Yo, disimulando, quería convencerle que no había ningún problema: no pasó nada, solo ayúdeme a salir de acá. Levantaron esa viga. Yo salí disimulando el fuerte dolor que sentía en la espalda. El padre Martín, tranquilizado con mi actitud de disimulo, regresó enseguida a la Misión. Yo dije a los muchachos: Miren yo no me siento bien, yo voy despacito a la casa, ustedes por favor terminan la tarea y regresan después, pórtense bien.

El camino que yo hacía en un cuarto de hora, lo hice en una hora y media. Fui solo y me tenía que apoyar, porque el dolor era muy fuerte. Llegué a la casa y estaba sor Josefina Piffero, ella era

como enfermera de la Misión. Ella buscó curarme las heridas, yo la recuerdo con cierto cariño. Era un dolor fuerte, yo no podía dormir la noche. Los muchachos, estaban en el dormitorio y yo estaba en mi celda, en el mismo dormitorio de los muchachos. Tal vez como a las cuatro de la mañana me quedé dormido, porque me dolía mucho y no había podido pegar ojo en toda la noche, pero ya hacia la mañana me quedé dormido.

En un momento dado me despierto y salgo de la celda, y veo que todos los muchachos están vestidos, sentados en las camas y en profundo silencio. Miro por la ventana del dormitorio, se veía la puerta de entrada a la Iglesia: ahí estaba el señor Solís, porque él siempre abría la puerta para entrar a la misa. Yo rapidísimo me visto y digo a esos muchachos: en dos minutos estamos en la iglesia. Me levanté, me fui a la Iglesia y no sentí ningún dolor.

Otra vez en el Teologado

Ya estábamos en Bogotá, en el Teologado los seis ecuatorianos. Éramos Telmo Delgado, que murió en ese accidente del que ya hablé, Elías Morales, Aldo Canzi, que después siguió de sacerdote diocesano, Pepe Carollo que en gloria esté y que también se hizo diocesano y el “Mono” Króvina. Él tuvo un problema muy grave y dos veces estuvo internado en el Lorenzo Ponce de Guayaquil, yo lo visité allí dos veces. No podía continuar de ninguna manera en la comunidad y salió. Vive en Quito. Quedé solo yo de salesiano, gracias a Dios, espero conservarme fiel hasta el final.

En el Teologado hemos pasado bien. Yo tenía mucho interés por los shuar. El ejemplo del padre Martín me animó mucho, pero yo vi una cosa, que me preocupó. El padre Otto Ridmayer escribía el shuar en alemán, el padre Juan Ghinassi escribía el shuar a italiano, el padre Martín escribía a lo eslovaco. El padre Martín Krizan hablaba muy bien el idioma shuar. Yo decía: pero por Dios, habría que unificar la forma de escribir el shuar para que funcione. Entonces me propuse buscar una solución al caso. En la Comunidad del León XIII de Bogotá había un salesiano laico del que he olvidado el

nombre, nos hicimos muy amigos y se me ocurrió publicar una hoja como la Luz del Domingo, pero de dos hojas. Le pusimos el nombre de IKIMIA YANKUAM (el lucero de la selva).

Yo masticaba un poco el shuar, escribía a Juan Arcos y armábamos unos artículos pequeños, fotos, etc., en shuar. Yo las mandaba a las misiones, a los internados, para que los muchachos comenzaran a masticar su propio idioma escrito, porque nada de escrito había. La Gramática Jíbara del P. Juan Ghinassi era un ladrillo que nadie podía hacerlo pasar, y otras cosas cada misionero, con mucho cariño las guardaba para sí. Ninguno de estos pequeños trabajos era conocido ni publicado, ni puesto en conocimiento de los demás. Cada uno tenía su cosita, como el catecismo del padre Ángel Ruby, entre otros. Entonces yo opté por esta hojita y la escribía desde el Teologado, comunicando a alguno de esos padres, proponiéndoles un tipo de alfabeto, para ver si podíamos unificar esta cosa y ponernos de acuerdo.

Entonces yo comencé en la casa salesiana del León XIII de Bogotá, que tenía una imprenta. Y comencé a publicar un folletito. Les mandaba ejemplares a las misiones: lo que me interesaba, era que los niños shuar internos empezaran a leer su propio idioma, porque los textos de la escuela eran en castellano. Y ¡qué sorpresa tan desagradable! Cuando en esas vacaciones, de regreso hacia la Misión de Yaup', pasando por Macas entré a Sevilla Don Bosco, en la Biblioteca encontré todas las hojas amontonadas. No las habían repartido a los chicos. Y ahí me desanimé, y ya no publiqué nada más. Me pareció raro que no fueran capaces de distribuirles a los niños y decir en las clases: miren esto.

Las vacaciones del Teologado las pasé en Yaup', hemos comenzado con el asunto de los ladrillos, porque con el padre Martín ya habíamos tenido la experiencia de Kuchantsa, yo también quería fabricar ladrillos en Yaup'. Entonces hemos hecho un galpón.

Yo me llevé de Bogotá un tocadiscos grande, una cosa solemne. El padre Granja se asustó, porque, como no entraba en

la maleta ordinaria, tuve que mandar hacer una maleta para que me entrara eso dentro. El padre estaba preocupado, pensando en cómo podríamos hacerla pasar la aduana en la frontera del Ecuador. Yo estaba en el comedor de abajo, en el Teologado. El padre Granja venía a ver y me decía: señor Juan, ¿qué lleva en esa maleta? Le digo: un tractor, padre. Bien, lo cargué yo y me lo llevé hasta Yaup'. Allí fue una fiesta maravillosa, la primera vez que oían un tocadiscos y eso se oía lejos: por el otro lado de la laguna de Cumbaga, donde tenía la casa Juan Arcos, y ellos, los de la familia de Juan, enseguida vinieron corriendo para participar, pero lamentablemente, por el cambio de voltaje de la luz, el motor se quemó muy pronto y se acabó esa felicidad.

En el Teologado, había conseguido una radio, porque entonces no existían las radios de transistor todavía. Yo conseguí una radio que funcionaba con una batería grande, y eso duraba. Eso yo les di a los de Patuca, porque eran los shuar más conocidos en ese tiempo, les di la radio y les di también esa batería.

Yo quería saber si ellos eran capaces de mantener eso y cuidarlo, y cuando volví del Teologado a las vacaciones pasé por ahí. ¿Qué han hecho cuando se les acabó la batería? Han hecho de todo. Buscaron en Cuenca y encontraron. Y cuando volví del Teologado, en las vacaciones yo encontré que la radio funcionaba. Ahí me vino la idea de la emisora de la radio.

En Yaup', además, como el padre tenía ese afán, porque había material bueno, hemos hecho el galpón para hacer ladrillos y se pensaba en una Misión como hicimos en Kuchantsa, pero lamentablemente, las vacaciones eran cortas, y al padre Martín, después lo cambiaron. El nuevo director llevó la misión a orilla del río Huambiza y lo de Cumbaga quedó abandonado.

En el Teologado, los ecuatorianos teníamos un ambiente excelente, porque nos apreciaban mucho. Yo estaba en primer año y los otros estaban más avanzados, pero hemos trabajado unidos y bien. Por ejemplo: con Pepe Carollo y con Aldo Canzi, hemos reinstalado

el teatro. En otras partes del Teologado, hemos trabajado de noche para esto y aquello, y eso les agradaba, porque nosotros éramos gente de bien frente a los colombianos, y nos hemos ganado la simpatía de todos. Así jalamos los cuatro años.

Hemos empezado a estudiar el shuar. Había poca cosa, no teníamos materiales para trabajar en este campo. Había el diccionario del padre Juan Ghinassi, y había el catecismo del padre Ángel Rouby, nada más. Yo había hecho unas grabaciones en Kuchantsa. Narraciones de una señora de antes que se le había muerto el niño y eso se leía. Buscábamos hacer traducir, para ir aprendiendo el idioma.

Había mucho entusiasmo en este caso, porque estaba Luis Bolla, el padre Natale Pulici, Siro Pellizaro y Pedro Creamear, que también estaba muy interesado, Aldo Canzi y Pepe Carollo. Entonces, sí hemos visto que los misioneros, como grupo, marchábamos bien.

Me acuerdo que una vez nos visitó monseñor Pintado, no era obispo era inspector, después vino el Padre Correa. Monseñor Pintado nos visitó como inspector y como obispo. Cuando ya estábamos terminando el teologado repartieron las obediencias. Yo recibí la obediencia que me decía: “Encargado de la animación pastoral de Huambi y los jíbaros”.

Yo no entendía esa obediencia por ningún lado, aunque, cuando regresé de Yaup’, el padre Albino Gomezcoello, me llamó aparte, me indicó los cuadernos que tenía, cómo trabajaba, lo que él hacía, como si inadvertidamente me preparara para esa cosa. Entonces, el padre Correa, que era el Inspector del Ecuador, me mandó esa obediencia. Como en Sucúa estaba, además, el padre Franco Fornari yo pensaba que Franco Fornari cogería lo difícil, lo más lejano, porque él era dos años mayor que yo en el sacerdocio”.

Y me mandaron que yo cogiera Huambi y los jíbaros de Asunción, la zona más cercana. Cuando llegué a Quito le pregunté al P. Correa: ¿Cómo es esto de la obediencia, padre?, no entiendo... Él me dijo: carísimo, tú estás encargado de todo. Le digo: Padre, pero

esto es un error craso. El Espíritu Santo no se equivoca. Yo le dije: Él no, pero usted sí. Cuando pasaron los años, una vez, conversando con él, le digo: Padre, ¿recuerda lo que le dije en Quito? Usted tenía razón, usted no se equivocó, porque viéndolo a distancia, esa obediencia mía allá en Sucúa, sí fue providencial.

La idea de la Federación

El 4 de noviembre estuve en Sucúa. El padre Isidoro Formaggio era director, Rodolfo Toigo y Francisco Requena eran tirocinantes, y había también un salesiano laico, Marquitos Beltrame. Prepararon mi primera misa solemne. Sor María Trocatti con mucho cariño. También prepararon cosas con mucho amor, Roberto Calle y su esposa Raquel. El padre Formaggio les pidió que fueran mis padrinos. En fin, celebré la primera misa y después comencé a dar vueltas por el campo de apostolado que me habían señalado: visitar un poco lo que en ese entonces eran jibarías, nada más. Nada de centros, había solamente capillas en algunas partes.

Comenzaba a dar vueltas, pero encontré un problema serio. Un día le digo al padre Formaggio: Muy bien, estoy a cargo de esta cosa, pero necesitaría un caballo, montura, etc. Me dijo: bueno, como estamos preparando la coronación de la Virgen, usted verá cómo hace.

Por suerte, tenía un tío en Canadá, recurrí a él, pidiéndole ayuda. Y él mandó dinero, no solo para el caballo, ni solo para la montura, sino para algo más.

Yo regresaba de unas jibarías y, apenas me lavaba un poco, me iba a la tenencia política. Era teniente político don Pepe Hernández. Él era una persona muy competente y muy sensible, yo le manifestaba los problemas que encontraba: de abusos por parte de algunos colonos, etc. Y llegué a la conclusión de que aquella situación en que se encontraban los jíbaros, no podía continuar así.

Una vez se me abrieron los ojos. Uno de Sucúa vino a la Misión y me dijo: Padre, el fulano de tal compró un terreno aquí en Asunción, al otro lado del puente del Tutanangoza a un jíbaro, pero él tiene otro terreno, yo soy pobre, yo necesito su ayuda, yo quisiera que usted me dé este terreno y le saque al otro. Yo digo: ¿pero quién soy yo para hacer eso? Usted es el tutor legal de los jíbaros. Yo me preocupé tanto por eso, que busqué el decreto que nombraban a los misioneros tutores de los jíbaros.

Busqué el decreto, lo leí, y efectivamente supe que el padre Juan Vigna, hablando con el Gobierno de entonces, había obtenido el decreto de tutoría de los jíbaros. Leyéndolo y meditando, comprendí lo que significaba el tutelaje: no me convenció eso de ser tutor, porque entonces... ¿Qué pasaba? Uno debería defender al nativo y esto le traía ciertos odios de parte del colono, y en un momento dado, uno no contaría ni con el nativo ni con el colono: el uno y el otro, se ponen contra de la Misión, cuando se trata de defender sus derechos. Puede que a la Misión le parezca que no son derechos legítimos: unas veces cuando reclaman los shuar y otras cuando lo hacen los colonos. Cada uno, llevado de su egoísmo, jala hacia su interés. Comprendí que eso de ser tutor era una cosa muy odiosa y difícil de cumplir.

Había otros casos concretos. Por ejemplo, los jíbaros de Asunción de entonces, traían las changuinas de yuca, de papa china, de plátano, y dejaban los productos en la tienda de un fulano de Sucúa. El negociante ponía el precio de lo que el otro traía. Allí, si necesitaba las cosas del almacén, el comerciante le daba lo que pedía y anotaba el precio de los víveres y el precio de lo que llevaba el shuar

Pero el que ponía el precio de los víveres y de lo que el shuar llevaba a cambio era el comerciante. Al shuar ni se le ocurría ver los precios, ni entendía si debía o le debían a él. Entonces, sin control ninguno, seguía creciendo la deuda constantemente. Tal vez los nietos alcanzarían algún día a cancelarla. Frente a este problema yo dije: esto no puede continuar así, porque nosotros, los misioneros, nos acabamos y esto no tiene salida, de manera que

ellos tienen que responder por sí, tienen que responsabilizarse de su vida.

Entonces, había el INC en Sucúa: el Instituto Nacional de Colonización. Había un problema en Utunkus, porque los de Huambi habían subido y habían ocupado los terrenos. Los nativos vinieron a quejarse conmigo. Lógicamente yo me fui donde el teniente político, después fui donde el director de INC.

El problema era al lado derecho de la cordillera del Tutanangoza. Una mañana nos fuimos allá. Estaban presentes un grupo de colonos de Huambi, un grupo de shuar y el delegado del INC, y estaba también el teniente político de Huambi y yo. Resulta, en definitiva, que los shuar no podían nada contra los colonos. Entonces prácticamente lo que valía era lo que yo decía y nada más. Entonces, el Director del INC les preguntó a los de Huambi, por dónde era la pica de linderación de los terrenos entre los colonos y los shuar, los colonos indicaron: por acá. La pica tenía una desviación en la dirección, con una notable y evidente diferencia a su favor, porque los de Huambi se abrían y venían a dar casi hasta Asunción con su pica. Entonces, el delegado del INC, dijo: señores, la pica es esta, y dio la razón a los shuar.

A mí me impresionó la rectitud del señor Delegado. Cuando ya regresamos, los otros, los de Huambi, resentidos, me encararon diciendo: “Padre, usted defiende solo a los jíbaros”. Yo les digo: Miren yo a Huambi voy cada semana para atenderles y celebrar la misa y demás. Acá, a Utunkus, en cambio, vengo una vez al mes. Cuando subíamos por “la cuesta de los Zavala” hacia Sucúa, exactamente en esa loma fuerte, el ingeniero del INC: me dijo: “Padre, no olvide que trabajar por los pobres es colgarse en la cruz con Cristo”.

Cuando yo regresaba de ventilar el problema de linderación de Asunción ya tenía la idea fija en la cabeza, lo de la radio, el cambio, me vino en Bogotá, viendo Radio Sutantensa.

Durante el mes de noviembre del año 60 hasta septiembre del 61 yo iba conociendo un poco la zona. Anotaba en un cuaderno

el nombre de las familias y los hijos, etc. A todas partes, llevaba siempre mi cuaderno y además, preparaba con algún alumno interno lo que iba a decir y leer en shuar en las visitas. Por eso tenía una cantidad de material, que después en las comunidades yo iba leyendo, iba exponiendo y conversando con los shuar, porque ese material me servía mucho.

En septiembre, durante los retiros, me dije: comencemos a hacer algo, y organicé esa semana una reunión de líderes. Yo escogí tres personas de cada comunidad de esta zona, y generalmente, buscaba a quienes representaran mejor a los clanes familiares, yo calculaba que las familias fuertes estuvieran representadas.

Estuvimos reunidos en la Misión de Sucúa nueve grupos. Hicimos durante una semana un análisis de la realidad. Ahí se trataba de las tierras, de asuntos de salud, de la educación. Hablamos también de tierras comunales, se buscaba que ellos comenzaran a actuar por su cuenta y, al terminar, hemos elaborado un reglamento para los Centros shuar de Sucúa.

Comenzamos a llamar centros a las nacientes poblaciones shuar. Y también hemos escogido nombres para las autoridades responsables de la marcha de cada una de estas pequeñas comunidades: síndico, vicesíndico, secretario y tesorero. Al comienzo yo los nombraba, porque no había posibilidad de elecciones, ni ellos tenían idea clara del desempeño de estas funciones. Y hemos quedado en que nos reuniríamos cada mes en la Misión, y yo me comprometí a visitarles cada mes en su Centro. Había esta relación comenzando ya a caminar, hacia algo que no estaba definido todavía, ni mucho menos, pero hicimos el reglamento.

Yo me fui a Macas y estaba ahí de gobernador un amigo de Sucúa: el señor Zúñiga, una persona maravillosa. El señor Zúñiga era gobernador. Por fortuna, comprendió enseguida esta situación y aprobó y firmó la aprobación del reglamento. Después le pedí también la aprobación al jefe político de Macas, y también él aprobó el reglamento. Antes de firmar me dijo: bien, los jíbaros

de Sucúa están lejos, así no habrá problemas. En Sucúa me fui donde don Pepe Hernández, que era el teniente político, también aprobó sin más. En Huambi tampoco tuve problema para la firma de aprobación. Donde hubo contratiempo fue con el teniente de Logroño. El teniente político de entonces, vio cómo se encaminaba eso, además él tenía la responsabilidad de denunciar las injusticias y atropellos, etc., inclusive podía anular los contratos contrarios al interés de los shuar, pero ya teníamos ese Reglamento.

Nos reuníamos cada mes. Ellos pasaban analizando, cómo les resultaba en la vida, yo les visitaba cada mes y en los primeros años, estaba siempre presente en estas reuniones mensuales. De esta manera, se afianzó un poco la idea. Al volver yo siempre pensaba: ¡Qué lindo sería que pudiera estar con más frecuencia en los Centros! Si tuviera la radio podrían escucharme y relacionarme con ellos cada día, pero eso no se cumplió hasta el 67. Al año siguiente nos reunimos de nuevo todos los líderes de los Centros. Fue una reunión larga. Así se elaboró el estatuto, yo tengo la copia de ese primer estatuto.



Macas: ordenación de los padres Hugo Merino y Víctor Lituma. A la izquierda: P. R. Ortega y P. Shutka. A la derecha: Monseñor P. Gabrieli, P. Luis Pino.

Una vez más nos reunimos el año siguiente y se escribió el esbozo del estatuto de la Asociación de Centros Jíbaros de Sucúa. Yo salí con aquel documento a Quito para presentarlo al Ministro de Bienestar Social. Y no sé por qué, el hecho es que simpatizaron los del Ministerio y me aprobaron el estatuto en octubre del 62. Ya teníamos un instrumento legal para trabajar y para llevar adelante algo y así se caminaba. El padre Aurelio Pischedda, que era Provincial de los Salesianos del Ecuador y venía de visita oficial, estaba informado sobre lo que se trabajaba en Sucúa y cuando visitaba las demás misiones, animaba a los misioneros para que hicieran lo mismo. Hoy, podemos decir que aquello fue algo revolucionario, porque antes de eso, la Misión era el centro de todo. Allí había la escuela, allí recibían los sacramentos, allí iban para oír la misa, allí iban a confesarse.

Todo cambió totalmente, ahora era al revés: ya no era el shuar el que iba a la Misión, sino que el misionero iba a las comunidades, y así se le dio importancia a la comunidad. Entonces, cambió radicalmente el sistema de la evangelización. También, a través de los líderes.

Entonces hubo unos cursos de capacitación donde las Madres Dominicas en Quito. Yo mandé bastante gente a esos cursos: duraban tres meses, inclusive mandé gente de Huambi, habían ido muchachas que me ayudaban allá sin distinguir demasiado entre indígenas e hispanos. Se trabajaba con ese sistema en las comunidades. El padre Pischedda se entusiasmó y hablaba de ello a las demás Misiones, y así seguíamos en el año 63.

En el 64 el padre Pischedda me sugirió que reuniera a todos los líderes, porque era muy conveniente. Ya se había hecho la Asociación de los Centros de Méndez con el mismo estatuto de Sucúa. También lo habían hecho la Asociación de Bomboiza con el padre Ángel Andretta, y las Asociación de Limón, de Sevilla Don Bosco, de Chiguaza y de Yaup'. También sugirió al padre Pischedda hacer una asamblea, y efectivamente, se preparó este proyecto y se reunieron unos 40 miembros, de todo el Vicariato,



El P. Shutka, con algunas chicas shuar enviadas al curso de líderes.

con los responsables de todas las Asociaciones. Allí, se dio paso a la formación de la Federación de Centros Shuar. La entidad fue aprobada en el año 64 en Quito. Yo mismo elaboré el Estatuto en base a los de las Asociaciones, porque en esos momentos uno tenía que hacer de secretario y de tantas cosas y así llegamos al 64, cuando, en cierto sentido, nació la Federación. Con los dirigentes ya se trabajaba un poco mejor.

En ese período yo hacía de asesor de la Federación Shuar, pero al mismo tiempo era vicario de Pastoral Shuar. Entonces, visitaba a las comunidades. Con la organización de la Federación de Centros cambió radicalmente también nuestra forma de trabajar como misioneros, con este pueblo.

Yo visitaba muchas comunidades constantemente, hacía los cursos de preparación para los ministerios o para los catequistas shuar, celebraba la Semana Santa en varias Asociaciones: Bomboiza, Méndez, Sucúa, en Taisha inclusive. Entonces, buscamos los catequistas y ministros: y a mí siempre me fascinó preparar a quienes podrían colaborar algún día en el trabajo de evangelización.

Un médico irresponsable

En ese período también tuve un pequeño percance. Fue en Bomboiza, cuando la columna vertebral comenzó a fallarme. Luego el padre Silverio me sacó a Pastaza en avioneta y a Quito. Me operaron en la clínica Pasteur. Había vertebras dislocadas, era debido al trabajo en Sucúa. Yo viajaba cada fin de semana a caballo a Huambi para atender al pueblo cristiano, y de ahí pasaba a Logroño. Para ir a Huambi yo empleaba una hora a caballo. Cada año se me moría un caballo, porque no resistían ese ritmo de trabajo.

Tenía los problemas de la columna vertebral por los golpes, o por lo de la cumblera del galpón de la tejería de Kuchantsa, tenía 4 vértebras dislocadas. Me operaron en Quito, pero dejaron gasa y esponja dentro del cuerpo. Yo pasé nueve meses soportando el dolor de la herida que supuraba. Durante este tiempo, con el trabajo que tenía de Vicario de Pastoral, viajaba con dolor y molestia, sobre todo, porque cada día debían cambiarme el apósito y buscaba siempre quien pudiera hacerlo. Por suerte en Bomboiza había una hermana que me lo hacía en los días en que estaba ahí. En Sucúa sor María, también la doctora Elena Illechcova, y luego en el hospital, en Sevilla Don Bosco... igual me atendían para cambiar el apósito.

En ese período me hacían propuestas para chequearme en Italia, por mediación de los amigos de la Operación Mato Grosso. Me invitaban a viajar a Italia: ellos se encargarían de atenderme. También tenía otra propuesta de Canadá. Dos veces salí a Quito. Allí hacían cultivo del pus que estaba saliendo de dentro. Yo le decía al doctor que me operó: "Oye; ¿no dejaste algo dentro?". No, me respondía. ¿Cómo vas a creer padre?

Y efectivamente, después de Pascua, tenía unas semanas bastante libres. Aproveché para salir a Quito, pero el doctor se había ido a los Juegos Olímpicos de Madrid, iba a demorar dos meses. A otros médicos que estaban reunidos les dije: "¿Ustedes podrían ayudarme?" Uno dijo: sí, yo podría hacerlo padre, venga mañana. Otro médico me dijo, no padre, mejor espere al que le

operó. Al día siguiente fui, y el que se había ofrecido atenderme, dijo: no padre, mejor espere.

Entonces, como tenía la propuesta de Canadá, de Vancouver, armé el viaje y me fui. Allí había, por suerte, en el Hospital de las Vicentinas de San Vicente de Paúl, un médico eslovaco y un médico chino. Ellos me operaron y salió esa cosa y me dijeron: ¡Qué suerte! Porque unos dos meses más con eso dentro y, si la infección llegaba a la médula y esto estaba a punto de suceder, usted quedaba en silla de ruedas paralizado, pero no pasó nada, gracias a Dios. Cuando volví a Quito encontré al doctor y le reclamé. Le dije: mire por favor, no le haré problema ni nada, pero tenga mayor cuidado. Si conmigo ha hecho esto ¿cómo estará actuando con otros pacientes?

En la misión de Bomboiza

Un día, el padre Carollo, que era provicario de las Misiones, me dijo: Juan, pensaba cambiarte y mandarte a Bomboiza. Yo dije: No hay problema, padre. ¿De veras que no tienes problema?, ¿No tendrías dificultad en dejar esto? No padre, además, yo hice voto de obediencia. El padre se sorprendió de que yo aceptara la obediencia que me daba. De pronto se imaginaba que podría armar líos con los shuar. Efectivamente pasé a Bomboiza. Ahí trabajé como itinerante.

Cuando llegué allá empecé a visitar los Centros y vi que en ningún centro había capilla. La única excepción era el Centro de Tinki, que tenía una capillita a medio terminar. Ningún otro centro la tenía. Me propuse seguir construyendo capillas en todos los centros, y efectivamente quedaron con capilla quince comunidades en esos dos años que estuve en Bomboiza. Todas las capillas que levanté eran del mismo estilo.

Eso facilita la construcción: más fácil conseguir todo: el zinc, la madera, la pintura y preparar las piezas del mismo tamaño y forma. Conté para este trabajo con la colaboración de un carpintero amigo de Sucúa, el señor Miguel Torres, al que debo por ello

mucha gratitud. Entonces, viajaba periódicamente a las comunidades y construía capillas, fue simpático.

Esto me ocurrió al llegar por vez primera a visitar la comunidad de Sakanás. Cuando llegué por primera vez, el síndico me dijo: ¿Cómo vas a celebrar misa: en shuar o en castellano? Los de la región de Bomboiza eran contrarios a todo movimiento de inculturación. Entonces yo le digo: Mire, yo sé celebrar en shuar y en castellano, celebro como ustedes quieran. Nosotros queremos en castellano, me respondió. Magnífico, dije yo, no hay problema. Entonces, comencé la celebración en castellano. No había mucha respuesta de los fieles, hubo muchos cantos. Terminada la celebración, como siempre me despedí y les prometí que volvería el siguiente mes.

Llegando el siguiente mes, nadie me dijo nada, comencé la misa en shuar y todo estuvo en paz y normal. Si yo comenzaba a discutir con ellos, hubiera perdido aceptación. Comencé las capillas. Si en un centro empezaba los trabajos, cuando hacía visitas, contaba lo que hacía en otros centros. Y así vino una especie de sana envidia, y todos querían las capillas.



Con el cardenal Pablo Muñoz Vega y monseñor F. Pintado.

Precisamente en Sakanás fue donde el mismo síndico de antes, me reclamó diciendo: “¿Cómo es que ayudas a todos los centros y a nosotros nada? Yo, contesté: También les ofrecí a ustedes esa posibilidad y no aceptaron. Si ya aceptan, hacemos como en los otros centros, pero a condición que ustedes preparen la madera y pongan la mano de obra, y yo, en cambio, les ayudo con el carpintero y con las planchas de aluminio, para la cubierta.

Bien, me dijo, pero nosotros queremos piso de cemento. No hay problema, les digo, yo pongo el cemento, pero ustedes tienen que acarrear la piedra, el ripio y la arena. Nosotros haremos como tú digas, me contestó el síndico. Y, ¿dónde quieren construir la capilla? pregunto, porque Sakanás es una planada grande, extensa. Queremos hacerla allá arriba, como en Gualaquiza. Pero, piense en lo que tendrán que trabajar para subir los materiales hasta allá arriba, le respondo. Y, en la visita del siguiente mes, quedé impresionado, porque tenían una montaña de piedra, ripio y arena, sobre la pequeña meseta que se elevaba a unos cincuenta metros de altura sobre la playa del río. Era bastante, pero lo habían hecho.

En ese período me pasó un detalle en Bomboiza. Fue en Ayakmak. Mientras conversábamos con la gente después de la misa, veo una señora que tiene su chiquitín envuelto en una manta: le colgaban y aparecían por debajo, los dos piecitos. Yo que miro y me impresiono, porque veo seis dedos en un pie, miro el otro pie, y otros seis dedos, y miro las manos... igual. Me acerco a la mamá y le pregunto ¿Ustedes qué parientes son?”. Ella me contesta: somos primos.

Yo, les digo a los dos esposos: “Miren, el niño ahora es pequeño pero, cuando crezca, va a sufrir mucho, porque los compañeros se le van a reír, porque tiene seis dedos. Yo converso con el médico en el hospital y le sugiero que le corte un dedito: eso más tarde no se nota y quedaría normal. Bien, padre, me dijo: conversamos con el médico del Hospital de Gualaquiza. El doctor del hospital responde: muy bien, padre, podremos operarle el mes próximo. Al mes siguiente voy de nuevo a esa comunidad y

les digo: miren, que hay un médico que quiere hacerlo. No padre, porque va a sufrir el niño... Quedó así. Yo recordándome de él, he pensado preocupado: qué suerte tendría ese niño, ahora ya debe ser hombre... y no fue posible curarlo.

En Bomboiza yo visitaba cada mes a las comunidades. Encontré algunas que nunca habían sido visitadas por un sacerdote. Estuve en aquella zona alguna vez, entre los años 78 y 80. Fue bonito en Napurak. Cuando visité ese centro la primera vez, el catequista ya me despedía y le dije: Bueno, nos vemos el próximo mes”. Él me dijo: ¿Quién sabe, padre? como el que dijo: Nunca se sabe del mañana y el siguiente mes estuve ahí efectivamente.

Dos casos muy extraños

Allí en Napurak pasó una cosa muy simpática. Napurak quiere decir fuente de agua salada. Una noche, acabamos la misa, ya la gente se retiró y quedaron unos niños jugando, y había una niña... que siempre tendía a ir detrás de la escuelita. Llamé a los demás y les dije: “No la dejen sola, acompáñenla”. Pasaron unos momentos y caí en la cuenta que la niña no estaba con las demás.

Entonces enseguida, dando voces, llamaron a los mayores, se reunió en la escuela cantidad de gente y contamos lo que pasaba. Todos los familiares de la niña estaban en el centro con los niños de la escuela, porque vivían lejos y se habían quedado a dormir allí, esperando la celebración de la mañana. Todos los presentes salieron de la escuela con velas en las manos y se dispersaron, buscándola: las mujeres cerca, alrededor de la escuela, los hombres alejándose más, buscando entre los árboles. Chuqui dijo: “Se la llevó el diablo”, revisaron todo: primero la parte del centro, luego revisaron los riachuelos cercanos, todo y por todas partes.

Pasamos conversando sobre el paradero de la niña y estuvimos unas horas sin movemos de allí. A eso de las doce de la noche, o poquito antes, seguíamos conversando en el patio y, de repente, vemos la niña en medio de nosotros. No sabíamos qué

es lo que pasó, ni explicarlo. Las mujeres la agarran para que no se fuera otra vez, no se perdiera de nuevo. Al día siguiente en la misa ya estaba la niña tranquila con los demás compañeros. Yo le pregunté después: “¿Qué te pasó? ¿Por dónde estuviste? Me dijo que la abuela muerta la había llevado para que comiera caracoles, pero que no le gustaron. Total: hasta ahora no sé cómo explicar lo que a ella le pasó.

Una cosa parecida me pasó en Kuchantsa cuando fui tirocinante. Una noche viene un niño a mi celda y me despierta por la noche y dice: señor Juan, Ivianch (el diablo), está sentado en la piedra, afuera. Yo, rápido me levanto y bajo a ver al Ivianch. Allí estaba la piedra y el niño seguía señalando hacia ella con la mano, yo veía la piedra, pero no veía que en ella estuviera sentado nadie. El niño me decía: allí está, ¿no lo ve? Me quiere llevar.

Nuevos cambios

En Bomboiza, se estaban formando 15 comunidades. Comenzamos las celebraciones de la Eucaristía en los lugares más diversos.

En el internado ayudaba también en lo que podía, en todo tipo de cursos de formación. El padre Carollo me mandó allá y yo trabajaba sin contratiempo. Pero, al enfermarme de la columna, el padre Carollo me dijo: Juan es mejor que regreses a Sucúa, porque ahí está el hospital... y también... el cementerio cerca, porque ese trabajo aquí es muy difícil.

Volví a Sucúa, de ahí a Méndez Kuchantsa. Allí estaba el padre Juan González. A él le mandaron a Taisha, yo le sustituí. En Kuchantsa estaban el padre Calleja, el padre Maskolaitis y el señor Silvino Baiguini, el padre Calleja estaba con el pensamiento de suspender el internado porque solo había internado, de varones. El de las muchachas se había cerrado.

En Kuchantsa yo visitaba las comunidades. Cuando salió el padre Calleja, me nombraron director de la comunidad. Yo me preocupaba sobre todo por los shuar, igual que en Bomboiza.

Levanté 17 capillas. En los centros funcionaba la Escuela Radiofónica que yo comencé en el 67. Entonces, conseguí el transmisor. Hicimos un curso de alfabetización para adultos. Los alumnos aprendieron a leer y escribir: se matricularon como 102 adultos y de allí nació la Escuela Radiofónica.

En los centros de Méndez, además de la capilla en cada centro, levanté una casa parroquial. Era una casita de tres por seis metros, dividida por la mitad: la primera parte para recibir a la gente, una especie de despacho con dos bancas, un escritorio y una silla, y al otro lado, con una puerta había el cuartito donde estaba una cama para dormir.

Allí pasé algún tiempo hasta el 89. En el 89 viene monseñor Arroyo y me dice: El padre Miguel Ulloa renunció como procurador, y quisiera que tú me ayudes. Yo le dije: Monseñor yo prefiero más el trabajo pastoral directo con la gente. Bueno, pero piénsalo durante un mes. Pero durante ese mes vino dos veces a preguntar si ya lo pensé, consultando sobre todo con el padre Pedro Maskolaitis.

Acepté y pasé en el 89 a Quito como procurador. Allí traté de renovar los decretos a favor de las misiones, visitaba a las misiones y trabajaba en este aspecto. Mejoramos la capilla y la casa de la Procura de Misiones de Quito.

Cuando le nombran obispo a Monseñor Gabrielli en 1993, él viene a proponerme que siguiera ayudándole como procurador. Acepté, pero me pidió que fuera en septiembre después de la ordenación. Me fui. Allí estaban el padre Pino, el padre Toigo y monseñor. Trabajé todo el tiempo con monseñor. Comenzaron las construcciones. Lo primero era terminar el monasterio de las Conceptas del Belén, eso costó bastante.

Un día el obispo me dijo: Vete a Nueve de Octubre. Allí debemos construir una capilla, ya estaban hechos los cimientos y un trozo de paredes. Y ¿dónde queda Nueve de Octubre?”, pregunté, y me indicó. Había una parte de paredes, una parte de piso empedrado, sin techo, crecía la hierba. Manos a la obra.

Después se hicieron otras obras, pero la que más costó, tanto en plata como en esfuerzo, fue la del hospital de Taisha: ya se entreveía el problema, desde antes de iniciar la obra. Taisha estaba a media hora de vuelo desde el aeropuerto de Macas. Lógicamente, el problema era el transporte de materiales.

Tratándose de cosas pequeñas, como cemento, equipo, mobiliario, personal, etc., era solamente cuestión de costo, pero podíamos hacerle frente: se utilizarían las avionetas del SAM (Servicio Aéreo Misional). Pero para los perfiles y planchas del techo, era otro cantar. Tuve suerte, porque viajé a Quito para hablar con un coronel de la aviación. Nos saludamos: yo quería pedirle que me ayudara con el “búfalo” y otro tipo de avión grande, porque los perfiles eran muchos.

“Mientras conversamos amablemente yo le pregunté donde se había preparado para tan difícil responsabilidad. Me dice: yo estudié en la Unión Soviética. Yo le digo: KAKUIPANIN, ATEPA-BUSKI? Eso bastó para que nos hiciéramos amigos, porque yo hablaba ruso, y como él había estado en Rusia nos entendimos, y ese avión hizo como cuatro vuelos y el otro avión igual llevando todas las planchas.



El P. Shutka, entrevistado en la Radio Vaticana, justamente con Ernesto Tseremp.

SEGUNDA PARTE
Recuerdos sueltos

Mi amistad con sor María Troncatti

Siempre sonriente, de una mirada clara, serena, una madre de bondad, era atenta y delicada. Al darse cuenta que alguien se sentía un poco mal, en seguida se prodigaba en atenciones con el paciente. Personalmente la oí repetir con relativa frecuencia: hay que cuidar la salud. Yo ya puedo morir tranquila, pero tú tienes que trabajar mucho, hay muchas almas que te esperan.

Siempre tan buena, sor María. Cuando regresaba de las visitas a los centros, iba a encontrarme con ella, en el botiquín del hospital, donde pasaba todo el día atendiendo enfermos o dialogando con pequeños y mayores que frecuentaban su compañía, para compartir con ellos sus confidencias.

Comprendí que era para ella un regalo el sentarme a su lado y hacerle el relato de mis andanzas por los centros. Un día le referí la dolorosa situación de niños y madres delgaduchas, de caritas pálidas de niños y bebés, víctimas de enfermedades tropicales y de anemias. Le manifesté mi intención de proveerme de vitaminas para ayudarlos a restablecerse. Me miró pensativa sin decir palabra.

Después de tres días, volviendo de una de mis visitas a los centros de los shuar, fui a saludarla como de costumbre. Le estuve contando de mi viaje y me escuchaba con vivo interés como de costumbre. Me escuchó unos minutos, mirándome sin hacer comentario alguno. De pronto se levantó, entró en la habitación de al lado y reapareció con una bolsita de material impermeable.

Era un pequeño botiquín. Ella misma, con sus manos, había confeccionado la bolsita que hacía de estuche. La abrió. Dentro había unas ampollas amarradas con una cinta para evitar que se rompieran. Luego fue mostrándome las medicinas que había colocado dentro. Cada una de ellas con la indicación correspondiente para su aplicación. Aquí anoté todo, me dijo: esto sirve para el dolor de cabeza; esto para el dolor de estómago, para las amebas... Cuando viajes, me dijo, llévalo siempre contigo. Apenas termines con un medicamento, vienes para reponerlo de nuevo. Obediente

a su deseo, lo hice repetidas veces, y ella me escuchaba y sonriendo me proveía de nuevo. Así empecé con las más elementales atenciones a los enfermos. Y no fueron pocos los pacientes que pude atender.

En Sucúa se daba atención indistintamente a enfermos shuar y colonos. Para la atención a los shuar, había una chocita con cubierta de paja, piso de tierra y unas camas con catre de madera y planchas de quincha que hacían de colchón. Esta rústica estructura no se hizo con intención de segregación racial. Por costumbres suyas, el enfermo shuar quería estar en compañía de sus familiares. El estar en una cama solo o entre colonos, era para ellos, ocasión de molestia más bien que señal de atención.

En la chocita-hospital-enfermería, entraban y salían libremente los familiares; en el suelo tenían su fogón de tres palos encendidos día y noche; allí preparaban sus alimentos y bebidas; podían conversar en voz alta y reírse a carcajadas, y escupir a placer. Estaban en su ambiente; no se sentían presionados ni humillados por la presencia de personas extrañas, sino libres y felices.

Yo comprendía muy bien estas motivaciones, pero pensé que la situación debía cambiar, porque la imagen no daba buena impresión para los desconocedores de la cultura shuar, por una parte; por otro lado quería que los shuar se fueran amoldando a las costumbres de los colonos y dejaran su complejo de inferioridad.

Un día le manifesté a sor María que esta distinción racial no me parecía aceptable, pues tener un hospital para unos y otro para otros, no me convencía.

Para los shuar es difícil acostumbrarse a un sistema distinto necesitan el fogón... Sí de acuerdo con todo eso, pero sor María, si vienen al hospital deben acomodarse; y no está bien que nosotros favorezcamos estas diferencias de razas. Me dio razón pero no dijo más nada. Cuando volví unos días después a Sucúa, regresando de mis viajes pastorales, vi como estaban desarmando el chozón que hacía de hospital para los Shuar.

Enseguida me dirigí al hospital sin apearme del caballo. La encontré, como de costumbre, sentada en una banca a la entrada del hospital. La saludé, ella sonrió; yo la felicité por haber decidido desarmar la choza-hospital para los enfermos shuar.

Siempre se interesaba por todo lo que yo hacía. Preguntaba por las familias conocidas; cómo se encontraban; en qué se ocupaban. Se mostraba satisfecha por cada información y sobre todo por los resultados del nuevo estilo de trabajo que comenzaba en Sucúa, en los centros shuar. Un día, supo que yo estaba enfermo guardando cama. Me visitó en mi habitación; le pareció que había razón para mejor atención.



Desde la izquierda: P. Albino Gomezcoello, P. Luis Carollo, P. Domingo Barueco, P. Juan Shutka.

Enseguida tuve que internarme en el hospital. Allí me cuidaba como una verdadera madre. Un día, cuando estaba almorzando, llegó también ella con una botella de cerveza. Sabía que me gustaba y la compró, porque dijo textualmente: esto es mejor que todas las medicinas. Y muy pronto alcanzó a ponerme de nuevo en pie. Regresé de nuevo a mi habitación. Con agradable sorpresa encontré cambios en ella. El piso estaba limpio y trapeado, todo muy limpio, en la ventana una nueva y linda cortina; sobre la cama una nueva cobija. Enseguida regresé al hospital para agradecerle tantas delicadezas. Sonrió y dijo que aquello no era tan importante ni costoso como cuidar la salud. Ella, nunca estuvo enferma. Siempre equilibrada en su proceder y dispuesta a ayudar y servir en todo y a todos. La visitaban las hermanas cuando tenían algún problema y ella tenía siempre una palabra de comprensión para cada una: siempre dispuesta para dar la atención requerida.

La visitaban las familias de Sucúa, Macas, Huambi, Logroño y otras partes. A todos escuchaba de buena gana, animaba, aconsejaba y ayudaba en todo. La visitaban también las familias shuar; para ellas tenía consideraciones, especialmente para las mujeres y niños. Cuando la visitaban, no escatimaba medicinas, tiempo y paciencia para escuchar, aconsejar y prodigar muestras de cariño a los niños.

Muchas veces, al pasar por delante para visitar a los enfermos la veía sentada en la misma banca con alguien, fuese hombre o mujer, y orando a su lado, al escuchar las palabras, las amonestaciones de sor María. Una especial veneración manifestaba a los sacerdotes. Al *pasar a* su lado se levantaba y solo cuando me sentaba a su lado, también ella volvía a sentarse, o cuando yo continuaba al interior del hospital.

Al inicio, cuando aún no conocía sus delicadezas, al viajar a Quito o fuera del Vicariato, me daba un pequeño sobre con un consejo: cómprate un nuevo pantalón, o zapatos, o una camisa; el sacerdote debe preocuparse de su persona y vestirse con dignidad. Cuando, más tarde evitaba el encuentro para no te-

ner que recibir el regalo, bajo cualquier pretexto me mandaba a llamar y con esa gran bondad, me ofrecía el obsequio. Cuando me preparaba al viaje, antes de su muerte de nuevo me llamó metió en mi mano el sobre y me dijo: si hace mucho calor, aquí tienes para la cerveza y descansa para volver repuesto para continuar en la labor.

Con motivo del incendio, sufrió por las pérdidas materiales; pero sobre todo, por el ambiente de incertidumbre, la agitación de los shuar y sus amenazas, y la tensión que dominaba el ambiente entre los colonos de Sucúa. Sabía y sufría, especialmente en los días que precedieron el incendio, por los rumores que corrían y por las quejas de algunos de los colonos contra los misioneros.

Un día, después del incendio, al volver de mis visitas pastorales a los centros me refirió el motivo de una de las satisfacciones que había tenido. Desde Guayaquil, viajó un shuar llamado Ramu, que tenía buenos recuerdos de ella y le profesaba especial afecto. Había oído en Guayaquil noticias del incendio y rumores confusos y alarmantes de la situación de confrontación entre colonos y shuar que vivían en Sucúa. Quería cerciorarse personalmente de que sor María estuviera a salvo de cualquier peligro o molestia.

Le confesó a sor María que había traído una bomba escondida en la maleta para lanzarla contra la casa del autor del incendio. Sor María le explicó, dialogando largamente con él, lo que había ocurrido y que todo acto de violencia sería muy perjudicial, especialmente para su pueblo. Disuadido de su propósito, Ramu caminó cautelosamente de noche hasta el Tutanangoza y tiró la bomba al río.

Quando los habitantes de Sucúa la visitaban y manifestaban sus miedos ante la venganza de los shuar, preocupada dijo en uno de estos encuentros, qué feliz me sentiría si pudiera dar mi vida para alcanzar del cielo la gracia de que la paz vuelva a reinar en Sucúa. Dios pareció atender a su deseo. Unos días después de haber expresado este deseo de inmolación, se embarcó en

un avión de la compañía TAO. Subieron con ella al avión dos hermanas salesianas; las tres debían hacer retiros espirituales en Cuenca.

El avión despegó sin novedad del aeropuerto de Sucúa; pero apenas había dejado la pista, se apagó, según dijeron, uno de los motores y el avión cayó a tierra. Sor María murió en el accidente, la segunda quedó inválida y a la tercera no le pasó nada.

El accidente tuvo lugar el día 25 de agosto de 1969. Su funeral fue una masiva manifestación de condolencia y luto general en la ciudad de Sucúa. Su recuerdo estará siempre vivo en los corazones de todos los habitantes de Sucúa, Macas y alrededores. Había vivido cuarenta y cuatro años como misionera en el Vicariato de Méndez.

¿Fue premonición y sacrificio impetratorio, la muerte de Sor María? Corrió y se difundió enseguida, haciéndose opinión común, el generoso ofrecimiento de sor María convirtiéndola en figura conciliadora para los shuar y colonos. Se calmaron los ánimos, ahuyentando los temores y recelos y la paz reinó en toda la región.

Un año antes de su muerte, llegaron a Sucúa los voluntarios de la “Operazione Mato Grosso”. Visitaban con frecuencia a sor María; se entretenían con ella hablando de su vida misionera, porque le cobraron particular afecto.

Se pusieron de acuerdo y un día fueron a proponerle que hiciera un viaje a Italia para visitar a sus parientes, ofreciéndole pagar el viaje. Les parecía demasiada austeridad haber estado tantos años sin volver a su patria. Ella, contaron los voluntarios, “se puso muy seria y contestó: una sola vez se entrega una al Señor, pero se entrega para siempre”.

Cuando llegaron, desde Turín, disposiciones sobre la nueva forma de hábito que deberían vestir las Hijas de María Auxilia-

dora, a raíz de la celebración del Concilio Vaticano II, fue Sor María la que sugirió a la hermanas de la Comunidad que debían acatar la disposición de la nueva modalidad. Y ella empezó a preparar su nuevo hábito. Cuando le felicitaban por el cambio en los primeros días de uso, decía: “Me parece bien que nos mostremos espiritualmente jóvenes, aún en el vestir, y aceptar las saludables novedades, para que resulte más provechoso el trabajo a favor de los demás.

Mis caballos

Al amanecer del nuevo día, una vez llegado a Sucúa, después del desayuno, me presenté al padre Isidoro Formaggio, el superior de la Misión, para recabar información sobre la forma concreta de realizar mi trabajo pastoral. Novato en asunto de elaboración de programas de trabajo apostólico, esperaba que me diera algunas pautas de iniciación en mis primeros contactos con mis destinatarios.

El diálogo fue tajante y desconcertante para mí. Me interrumpió diciendo: Mira, estamos preparando la coronación de la estatua de María Auxiliadora. No me pidas ni opinión ni sugerencia alguna de planificación. Arréglate como puedas, tengo la cabeza llena de preocupaciones. No me pidas dinero, porque económicamente estamos mal y, por añadidura, la fiesta que estamos preparando exige muchos gastos. Bueno, no se preocupe, le respondí. Pero ¿sí hay en la Misión un caballo y una vieja montura? Yo me arreglaré con lo demás. Tú mismo verás, apenas conozcas el campo de trabajo.

Y así, más o menos, concluyó mi primer intento de programación de trabajo misionero. Me sentí muy solo y desconcertado, pero sacudí enseguida esta oleada de pesimismo. Pregunté a uno de los misioneros sobre el asunto del caballo, recurso indispensable para mis andanzas por la selva. Ya sabía que debía ir en busca de las familias shuar para conocer el terreno y elaborar un borrador de croquis demográfico. Con uno de los muchachos mayores,

me encaminé hacia los cercanos pastizales. La hierba gramalote estaba muy crecida: casi cubría al caballo. Es que aquí, en este clima subtropical, con mucha agua y mucho sol, todo crece con vitalidad lujuriente.

El caballo era fuerte y alto. Lo habían bautizado con nombre gringo: Douglas. Me acerqué a él y enseguida se irguieron sus dos orejas. Con razón se previene, me dije al acercarme a él. El lomo era una sola llaga, cubierta por una nube de mosquitos. ¡Pobre animal, qué mal le han tratado! No le protegieron el cuero al ensillarlo. Lógicamente ve con recelo a todo el que se le acerca.

Douglas tenía una piel roja en toda la superficie de su cuerpo. Únicos detalles que rompían esta uniformidad: una mancha blanca en la frente y cruces blancas en los extremos inferiores de las patas. Por mal amarrado, la soga le había causado heridas en el cuello y en la nariz. Los chicos trataron de justificar las heridas diciendo que “es muy jalón” cuando está amarrado y por eso él mismo se lastima. Aseguraron también los chicos que lo conocían, que “era muy mañoso”.

Renuncié a utilizarlo en este estado y lo confié un shuar adulto, padre de familia, que vivía cerca de la Misión y tenía buenos pastos, para que me lo cuidara durante un mes. Daba la impresión de ser un buen ejemplar. Pensé que con el tiempo, el descanso y buena hierba, cicatrizarían las llagas y recobraría las fuerzas.

Y resultó positiva esta providencia. Luego empecé a viajar. Primeramente a pie y cuando mejoró el caballo, montado. Efectivamente era chúcaro y mañoso por demás. La tarea más difícil fue la de ponerle la montura. Erizaba las orejas, movía la cabeza a uno y otro lado amenazadoramente, trataba de morder, esquivaba el cuerpo y lo agitaba con estremecimientos bruscos. Si lograban colocarle la montura, no había modo de asegurársela con la cincha. Otro problema era ponerle la jáquima y el freno. Con la ayuda de un hermano encontramos un buen sistema para enjaezarlo. Trabajábamos en equipo. Nos colocábamos uno a cada lado. Con

una soguilla delgada, le sujetábamos la boca y, mientras trataba de ponerle la silla, él le sostenía la pata delantera en alto para que no pudiera moverse.

Al terminar la tarea sudábamos los dos, mientras el caballo nos miraba, con intencionada mirada de pícaro. Con todas estas tretas para domarlo, no habían terminada aun nuestros problemas. Ahora se trataba de inventar nuevos modos para montarlo. Contaba a favor del caballo y en contra mía su talla: era alto. Los primeros intentos tuve que hacerlos también con ayuda del hermano o de los chicos mayores del internado. Fue todo un proceso de aprendizaje, porque el Douglas no aceptaba que lo montara jinete alguno. Era cuestión de momentos: cogía la rienda con la mano, el pie izquierdo sobre el estribo y debía saltar inmediatamente sobre la montura, porque el animal, apenas sentía el contacto del pie sobre el estribo, salía disparado. No me di por vencido y gané con paciencia e inteligencia todas las mañanas del gringo Douglas.

Después de las primeras arremetidas, se calmaba y bajaba el ritmo de su caminar. De camino para visitar a mis encomendados, cuando nos encontrábamos con alguien, mi caballo se paraba en seco y no había forma de que se moviera.

Me armé de buenas espuelas, pero fue más testarudo que el estímulo de las espuelas. Saludaba y dialoga con el que me encontraba, el otro se despedía y seguía su camino y el Douglas reemprendía la marcha espontáneamente y sin problemas.

Tenía el capricho de levantar la pata derecha delantera y la dejaba caer pesadamente al suelo. Y el jinete salía despedido a uno o dos metros de distancia. En uno de estos lances, ocurrió algo que puso a prueba mi paciencia. Después de la caída, me acerqué a él con cautela y listo para saltar y montarlo, y salió disparado corriendo como a distancia de tres o cuatro cuabras. Se paró de golpe, se volvió y se quedó mirándome, desafiándome como si fuera una criatura inteligente. Aceleré el paso para alcanzarlo y cuando estaba a unos pasos de él, arrancó de nuevo a correr y volvió a

pararse a distancia como la primera vez. La burla se repitió otras dos veces hasta que, en una angostura del camino, lo sorprendí, me adelanté y logré sujetarlo por la brida. En adelante, tuve buena precaución de no dejarle la rienda suelta.

El Douglas tenía cortada la oreja derecha. Dicen que tuvo mal de venado y en ese caso lo mejor es partirle la oreja para desangrarlo. Lo más crítico en estas relaciones misionero-caballo tuvo lugar cuando teníamos que herrarlo. En Sucúa había hombres expertos en este arte de cambiar las herraduras de mulares y caballos. Y, sin embargo, no encontramos uno que se atreviera a cambiar de calzado al Douglas, doblemente gigante: por el volumen de su corporeidad caballar, por lo chúcaro y la extravagancia de sus mañas. Para herrarlo, se le amarraban las patas y se le tumbaba en el suelo, un hombre bien robusto, le sujetaba la cabeza contra el suelo, otro le sostenía con firmeza la pata y un tercero le sacaba los herrajes gastados y le ajustaba los nuevos.

Cuando terminaba la complicada operación y lo dejaban libre, el Douglas se levantaba decidido, miraba a los presentes entre indiferente y complacido, abría ampliamente la boca y mostraba toda su dentadura.

Quedan todavía vivos en mi memoria otros recuerdos no menos gratos de mi Douglas. Generalmente, los caballos tienen miedo a los perros. Y estos, apenas sienten la presencia del caballo, en los senderos, empiezan ladrar y corren acosando al caballo o al jinete. Una vez, montando otro caballo, un perro me mordió a pesar de tener zamarro. Largo tiempo llevé las señales de la mordedura del perro. Con Douglas no se jugaba. Ningún perro se le acercaba. Cuando oía el ladrido, se mostraba indiferente y dejaba que el perro se le acercara. De improviso le daba una patada con tanta fuerza que el pobre animal salía despedido, aullando, a dos o tres metros de distancia y podía considerarse de suerte, si quedaba con vida.

En una de mis visitas a unas familias shuar, se nos cruzó en el camino una enorme culebra. Era de color verde. El caballo levantó la pata delantera y aplastó la cabeza del reptil, hundiéndolo en el lodo. El cuerpo de la culebra se enrolló en las patas delanteras. El caballo con otro golpe de las patas traseras, cortó en dos el cuerpo del reptil con la herradura y seguimos adelante.

Durante la visita a Kenkuim, uno de los centros shuar que visitaba, el sendero cruzaba el río Utunkus. Montando a Douglas caminábamos por la orilla izquierda del río, hasta llegar a la parte más ancha para vadearlo. Antes de llegar al sitio del vado oí un ruido sordo, que venía de la parte alta del lecho. El agua comenzó a enturbiarse y a subir de nivel, pero yo, inexperto todavía, entré en el agua para hacer la travesía. Había llovido en la parte alta de la cordillera y comenzaba a bajar la creciente. Sabía que en estos casos, los ríos crecen rápidamente. No me desanimé, pensé que podríamos pasar sin mayor riesgo y seguí adelante. Animé con las espuelas al caballo y entramos en lo más fuerte de la corriente. El paso era largo y el agua llegaba ya al vientre del caballo.

Douglas se paró con la cabeza contra la corriente y avanzando fatigosamente de costado, trató de ganar la orilla. Yo tuve la impresión de que estábamos parados haciendo frente a la fuerza del agua. Con gran esfuerzo y lentamente, pero decidido, consiguió ganar la orilla. De repente yo tuve la impresión de que estaba sentado en el agua. El nivel había subido y cubría totalmente al caballo. Solamente emergía la cabeza, pero no se dejó vencer y al fin salió fuera del agua. Lo acaricié agradecido y lo animé de nuevo a meterse entre la vegetación. Era peligroso seguir el camino bordeando la corriente, porque podía ceder el terreno de un momento a otro por la fuerza de la creciente.

Venció también el obstáculo de la maleza y, aunque golpeados por los troncos y las ramas de los árboles y arañados por los espinos, después de dos horas de bregar con los obstáculos del camino llegamos a Kenkuim. Allí me esperaban reunidos los shuar del centro: ansiosos y sorprendidos de verme llegar vivo, porque

sabían que tenía que pasar el vado del río Utunkus, crecido con la correntada que estaba todavía bajando de la montaña.

Llevaron al Douglas y lo dejaron pastando, amarrado en el potrero. Al día siguiente, tomamos el desayuno y pedí a dos jóvenes que fueran a traérmelo para volver a Sucúa. Después de una media hora volvieron los dos sin el caballo. Al verme desde lejos, me hicieron señas para que me acercara. Seguido de los que me acompañaban, llegué hasta el potrero. Sin decir palabra, me indicaron con la mano el sitio donde estaba Douglas. Estaba muerto. Le ha mordido una culebra, me dijeron al verlo. Estaba todo hinchado. Cavamos entre todos un hueco y lo enterramos. Sentí la muerte de Douglas como algo muy familiar y muy mío.

Con el asesoramiento de unos amigos de la Misión de Sucúa compré otro caballo y una silla nueva. También este era alto, muy fuerte y veloz. No tenía las mañas de Douglas. Los niños de la Misión lo llamaban Charimp, que traducido al castellano significa Rayo, debido a la rapidez con que se movía.

Efectivamente era como el rayo. Pero era muy asustadizo. Se espantaba de cualquier cosa. Una vez, al volver a la casa, corría muy bien, cuando de repente se sale corriendo un conejo de entre la maleza. El caballo dio un salto brusco hacia un lado y el jinete que iba desprevenido, salió despedido de la silla y se fue al suelo. Otra vez, así mismo, por la misma razón, salí disparado y fui a caer en un charco.

Pero, en cambio, mi nuevo caballo tenía una buena cualidad: era fuerte y hábil, sobre todo al cruzar los ríos. Nunca me burló, abandonándome como hacía Douglas. Cuando me apeaba, se quedaba inmóvil como una estatua, esperando pacientemente hasta que lo montaba de nuevo. Siempre, cuando visitaba Utunkus (el río que nosotros llamamos Tutanagoza), los shuar me esperaban con la canoa, para hacer la travesía. Al llegar a la orilla del río, me apeaba, el Rayo esperaba inmóvil a mi lado, mansamente. Yo le quitaba el apero, se lo amarraba la cuello con una soguilla, el animal se metía decididamente en el agua y pasaba nadando has-

ta la otra orilla. Al salir del agua respiraba, llenando los pulmones de aire, miraba hacia atrás buscándome con la mirada y esperaba que yo llegara en la canoa.

No siempre fue fácil pasar el río a nado. Una vez el río estaba muy crecido. Charimp, llegó a la orilla, miró hacia la corriente, como si midiera el riesgo de enfrentarse con la fuerza de la corriente. Finalmente se aventuró y entró en el río. El agua pudo más que él y lo arrastró unos doscientos metros aguas abajo, sin poder rehacerse. Ya pensé que lo había perdido, pero resistió, siempre se mantuvo con el cuello y la cabeza fuera del agua, el río no alcanzó a tumbarlo y consiguió salir del agua.

Los shuar que estaban de turno en el atracadero de la canoa a la orilla del Utunkus, contemplando la escena, saltaron a la canoa conmigo. Empuñaron los canaletes y me pasaron al otro lado del río. Salté rápidamente a tierra y me fui al encuentro de mi caballo. Me conmovió el ver que me estaba buscando con la mirada fija en mí. Estaba con el cuerpo temblando por el cansancio y se mantuvo quieto, esperando órdenes.

Lo llamé en voz alta por su nombre, ¡Charimp! y se fue caminando despaciosamente hasta donde lo esperaba. Respiraba afanosamente todavía. Al llegar a mi lado, me miró con los ojos fijos, sin moverse y se tumbó en la arena. Estaba agotado. Esperé un buen rato pacientemente para que descansara. Lo ensillé de nuevo y continuamos el viaje hasta el centro de Utunkus.

En aquellos años creí necesidad urgente el visitar y pasar con los shuar el mayor tiempo posible, porque estaba dando los primeros pasos para organizar los centros shuar. También tenía a mi cargo la atención pastoral de Logroño y Huambi, poblaciones de inmigrantes venidos del Azuay.

Generalmente los domingos después de la Misa en Sucúa, viajaba a Huambi. En otras cabalgaduras, el viaje duraba, normalmente una hora, pero con Rayo hacía el camino en media hora. Yo llegaba a Huambi zarandeado, dolorido y sucio de fango. El

continuo golpeteo de las patas de Charimp, desataba una lluvia continua de fango sobre mi persona. Siempre debía cambiarme y lavarme, al llegar a Logroño, pero me sentía bien con el servicio y la compañía de Charimp. Allí escuchaba a la genticita que se acercaba para contar y compartir conmigo los azares de sus vidas. Siempre había una familia que me ofrecía un plato de arroz y un vaso de guayusa, antes de volver a Sucúa.

Desde Huambi viajaba también cada domingo hasta Logroño. Allí se repetía, el trabajo pastoral. Celebración eucarística, diálogo de información con catequistas y síndico, profesores y padres de familia sobre la animación pastoral y, la mañana del lunes, retomo a Sucúa a lomo de Charimp.

En Huambi y Logroño no hay población shuar, sino colonos hispanohablantes. Después de la visita a una comunidad shuar, la tarde de los martes regresaba a la Misión de Sucúa. Los miércoles visitaba otra comunidad y me dedicaba a otras actividades en la Misión. Los sábados de mañana visitaba brevemente otra comunidad cercana y volvía al atardecer para atender en Sucúa con misas y confesiones. El domingo empezaba una nueva semana. Este calendario de actividades y animación pastoral, se prolongó por espacio de cinco años hasta que fui nombrado párroco de Sucúa y director de la Misión, aunque continuaba la labor con los shuar.

En estos continuos ajetreos, me percaté, de que Charimp, mi fiel compañero de fatigas, estaba enflaqueciendo. Consulté con un amigo de Sucúa, me aconsejó conseguir un polvo y mezclarlo con sal y maíz. Otro buen amigo estuvo observándolo unos minutos en silencio. Luego se acercó al animal y le retiró los belfos para observar la dentadura y descubrió que las encías estaban muy crecidas, casi le cubrían los dientes Y decidieron operarlo. Lo tumbamos en el suelo. La operación consistía en cortarle las encías que le impedían comer, porque no podía cortar la hierba. La operación pareció dar buen resultado, pero Charimp no recuperó sus fuerzas. Enflaquecía cada vez más, podíamos contarle las costillas, hasta que una mañana, cuando el interno encarga-



El P. Shutka con un grupo de tsáchilas. A la derecha: el shuar Ernesto Tseremp.

do de cuidarlo fue al potrero para cambiarlo, lo encontró muerto. Cavamos un hoyo y lo enterramos. Charimp también dejó buenos recuerdos en mi memoria de misionero.

Después de la muerte de Charimp, conseguí otro caballo para mis andares por la selva visitando comunidades shuar. No recuerdo cuál fue la motivación ni quién lo bautizó con el nombre de Colorado. No tuve problemas con él, al parecer por dos razones: la principal, que no tenía las mañas de Douglas, ni el ser espantadizo como Charimp. La otra razón de menos peso: posiblemente porque los cinco años domando y conociendo a los dos anteriores, me habían dado cierta destreza en el manejo de los animales. El Colorado era bajo, pero fuerte. Pronto nos entendimos los dos. Apenas montaba, empezaba a correr como Douglas.

Comencé a comprender que, si pasaba menos tiempo montando, podría dedicar más tiempo a los destinatarios que me estaban encomendados. También sentí más tarde que estos viajes continuos a caballo afectan la salud. Tampoco duró mucho tiempo el Colorado. Pronto noté que adelgazaba y envejecía rápidamente.

Cuando visitaba las familias de la otra banda del Upano, lo jalábamos desde la canoa, amarrándolo con una soga, para ayudarlo a vencer la fuerza de la corriente, cuando nadaba. En una de estas travesías se rompió la soga y el agua lo arrastró. Vi con pena desde la canoa como luchaba. Dos veces desapareció en el agua y volvió a levantar la cabeza sobre las olas, hasta que desapareció definitivamente. El Upano nos ahorró el trabajo de enterrarlo.

Después de Colorado tuve dos caballos más. Ambos eran de color gris, uno con una leve coloración rojiza. Le dimos el nombre de Johnson, en honor del presidente de Estados Unidos, el otro era de color más claro, y los muchachos lo llamaron Lindo, aludiendo al significado del término lindo en castellano. Lindo era, en verdad un caballo de presencia soberbia. Ambos eran altos. Respondían bien al trabajo que se esperaba de ellos. Johnson tuvo mala suerte. Un día se cayó, se rompió una pata y no logró restablecerse. Bastante más tarde, Lindo fue envejeciendo y cedió al trabajo y al cansancio.

Estuvo a punto de perecer arrollado por una creciente del río Chankachankas. Cuando llegué a la orilla estaba muy crecido. Me pareció prudente esperar a que bajara el nivel y la fuerza del agua. Mientras tanto, llegaban otros viajeros y se detenían también. Miré el reloj que marcaba las cuatro de la tarde, y yo a impacientarme. Calculaba que si no me aventuraba, llegaría de noche a la Misión. El río no rebajaba.

Al fin, me pareció que empezaba a menguar la corriente. Aseguré todo el equipaje sobre el caballo, monté yo también y animé a Tractor que entró sin resistencia en el agua. Al comienzo, resistió el empuje de las olas, pero cuando llegamos a lo más fuerte, en el centro del río, se dio por vencido, el agua lo levantó en vilo y rodábamos ambos, a merced de la corriente de agua sucia.

No recuerdo cómo lo hice, pero logré sostenerlo y alcanzamos la otra orilla. Los viajeros que observaban la escena me dieron por perdido. Yo, haciéndome el valiente, me volví hacia ellos, los salu-

dé levantando la mano, espoleé al caballo y arrancamos a correr camino de Sucúa. Llegué a casa antes del anochecer, pero el precio que pagué esta vez fue muy alto, y estuve a punto de pagarlo con la vida.

Los ríos de la Amazonía ecuatoriana son bastante peligrosos. Casi nunca los cruzaba solo. Los shuar son expertos en estos azares de medir el aspecto de los ríos y manejar la canoa. Más de una vez, sin embargo, hicimos la travesía con ríos muy crecidos, pero con suerte. Las imprudencias que se cometían en estos casos eran debidas a la impaciencia de los misioneros más bien que a la falta de pericia de los nativos, nuestros guías. Una vez, que insistía en que me ayudaran a pasar, me dijeron que me quitara las botas y me preguntaron si sabía nadar.

Desistí accediendo a sus deseos. Otra vez, no alcanzamos a llegar con la canoa a la orilla y el río nos llevaba sin control. Los shuar que estaban en la orilla, viendo lo que ocurría, se lanzaron al agua, alcanzaron la canoa, la cogieron entre tres de ellos por los lados y la fueron llevando hasta la orilla, pálidos y asustados salimos de la canoa. Nos habíamos librado de una muerte segura.

En otra ocasión, por un mal manejo de los canaletes, se volteó la canoa. Me encontré en el fondo de un río profundo. Me empujé a mí mismo hacia arriba desesperadamente y, a pesar de la ropa y de las botas, salí a flote y nadé hacia la orilla, logrando salvarme, antes de que los de la canoa llegaran para socorrerme.

Una vez más, recuerdo que volvía de Saip y estuve a punto de morir en el río. Por la angustia que experimenté en este trance, digo que preferiría cualquier otra clase de muerte y no esta, de morir ahogado, que me parece muy desagradable. Algunos de nuestros misioneros perdieron la vida en los ríos: en el Upano, en el Mankusas, en el Kuntsa... Misioneros, colonos y shuar pierden vidas todos los años en los ríos. Todos los años, lloramos por la muerte de alguien que deseaba llegar a la otra orilla y se quedó en el río.

Hace años debían cruzar el Upano entre Macas y Sevilla, dos jóvenes: uno era belga, Enrique Hoffman, salesiano. Tenía destino para trabajar como misionero en Sevilla Don Bosco, frente a Macas, al otro lado del Upano. El otro que le acompañaba era americano: Voluntario del Cuerpo de Paz. Llegaron en avión desde Cuenca y enseguida, a las cuatro y media de la tarde, quisieron pasar a toda costa a Sevilla sin detenerse en Macas, hasta el día siguiente.

Buscamos un chico joven de Macas que los acompañara en uno de los vados del río y en el paso de la canoa. Bajaron a las playas del Upano, porque deseaban llegar a Sevilla aquel mismo día. El río tenía algunos brazos que era necesario pasar a pie. Al pasar uno de ellos cogidos de la mano y acompañado por un joven de Macas, al americano se le cayó el casco y se agachó para recogerlo; se resbaló en una piedra, y por el miedo de lo que arrastrara corriente se asió a una de las piernas de Hoffman. Este perdió el equilibrio y ambos cayeron al agua, que los arrastró hasta el grueso del río. Dos días los buscamos hasta encontrar sus cadáveres, a cinco kilómetros de Macas. Fue algo totalmente inexplicable, porque el río no estaba crecido; el vado del brazo no corría ningún peligro, pero cuando las cosas pasan, pasan. Todos nos llevamos un gran disgusto. Y no sabíamos explicarnos cómo pudo ocurrir la tragedia

LA TRADICIÓN Y LA CIENCIA

Me encontré con Wani por primera vez, haciendo una visita a la orilla derecha del río Utunkus. Allí se había organizado uno de los primeros centros de familias shuar. Fui entendiendo, al tratar con ellos, que los shuar de este centro eran muy vivaces y activos, prontos a la confrontación y la venganza. Más de una vez, se enfrentaron con los de Shimpis, de la orilla izquierda del Upano, considerándolos como enemigos. En una de mis visitas pastorales, estaba pasando lista de las familias presentes en la reunión. Faltaban Wani y su esposo. Me dijeron que se habían quedado en casa, porque Wani cantaba.

¿Canta? Pregunté. Me pareció no haber escuchado bien y repetí la pregunta. Sí, canta, me repitieron algunos a coro. Ya hace tres días que se pasa cantando, y mientras canta, dice que la ha brujeado Juank de Shimpis. Les brillaron los ojos al pronunciar el nombre del anciano shuar a quien, sabían todos, que yo conocía personalmente. No les creí, y uno de ellos me replicó en tono y actitud de desafío: Padre, ¿tú no crees en las brujerías? Ven y verás. Salimos fuera de la choza en que estábamos reunidos, unas doce familias y nos encaminamos hacia la casa de Wani.

Entramos en la casa. Y comencé a oír el canto de Wani. Voz y entonación eran roncacas: muy extrañas. Nunca había oído algo semejante. Entramos en el tankamash de la vivienda, porque de allí procedía el canto. Encontramos a Wani sentada en un tronco, junto al fogón encendido. Estuve observándola unos momentos. Noté que los shuar, me observaban a mí, expectantes. ¿Ves, padre que es cierto?, dijeron algunos de ellos. Canta continuamente. Ya lleva tres días así: cantando sin parar. Está brujeada. Hay que matar a Juank. Juank la ha brujeado, hay que matarlo. Todos me miraban con actitud desafiante.

En el fondo de sus miradas era fácil descubrir el odio y el instinto de la venganza, decantado en su cultura durante milenios de venganzas intestinas. Comprendí que se trataba de algo fundamental en la vida de los shuar y reflexioné un rato para reunir los elementos de una actuación serena y valiente al mismo tiempo. Debía poner mis cinco sentidos para salvar la situación. El caso no era fácil, yo era joven y sin la debida experiencia, porque eran los primeros años de contacto con los shuar. No tenía todavía conocimiento de su idiosincrasia y de argumentos convincentes para calmarlos y disuadirlos de sus actitudes beligerantes. Era claro para ellos que la mujer estaba brujeada, ¿o todo aquello era teatro, para justificar una venganza?

Me acerqué a Wani, la cogí por los hombros y la sacudí con firmeza. Volvió en sí unos momentos y le hice algunas preguntas tratando de averiguar la causa de su trastorno y sin sentido. Movi

muda la cabeza, pero no me respondió y volvió a su canto ronco, monótono y sin sentido. Me levanté, miré a los presentes y con una mirada desafiante y voz decidida y sin miedo dije: Aquí no tiene sentido hablar de brujerías. La mujer está dominada por los nervios, necesitamos de un doctor, hay que llevarla enseguida al hospital de Sucúa. Necesito que cuatro hombres preparen camilla de quincha de guadúa y me acompañen para llevarla sin tardanza al hospital. Pero nadie se movió. Quedaron clavados en el suelo. Sabían muy bien, puesto que los uwishin los habían convencido, que si interviene el médico, en estos casos la muerte de la enferma es inevitable y cualquier inyección que le pongan, terminará con la vida de la paciente, porque los doctores y las medicinas de los apaches, no valen para los shuar. Ya se ha probado con enfermos a los que aplicaron remedios apaches. Todos murieron, ninguno de nuestros uwishin pudo detener la muerte. Wani correrá la misma suerte. No se mueva nadie, no permitiremos que Wani salga de aquí.



Los padres Juan Shutka y Mateo Króvina en el centro Seipa (en la película Pescadores del mar verde).

De nuevo defendí mi posición y con voz más fuerte, resuelto a no ceder. Me sentía muy solo ante las miradas de doce pares de ojos que me miraban impasibles. Comprendí que en aquellas circunstancias no valían razonamientos ni ruegos tiernos. Allí se precisaba firmeza de carácter y una voz de mando que rompiera la dependencia del brujo. Estaba solo, ante el esposo de Wani, que me miraba desafiante.

Hice un último esfuerzo y me mantuve firme, resuelto a cumplir mi propósito. Quedamos así unos momentos en mudo silencio, mirándonos frente a frente, con las miradas medíamos la fuerza de nuestra persuasión. Finalmente el esposo de Wani dio un paso adelante, se plantó amenazador a dos metros de distancia, escupió hacia un lado y zanjó el enfrentamiento diciendo: Verás, padre, Wani es mi esposa la madre de mis hijos. Si ella muere, a ti te acusaremos de la muerte, no te esconderás, no podrás escapar de mi venganza. Comprendí muy bien el significado de las amenazas del esposo de Wani, pero me mantuve firme en mi decisión, haciendo un gran esfuerzo para vencer el riesgo a que me exponía, acepté el reto diciendo: Sea como tú has dicho.

No dije una palabra más. Repetí con voz de mando la orden de preparar la camilla de quincha para llevar a la enferma al hospital. Entonces todos se movieron para preparar la camilla con láminas de quincha y la sujetaron con bejucos para que estuviera segura durante el camino. Yo había salido de la choza y esperé de pie a la entrada, hasta que los camilleros, cargando con la enferma, se detuvieron a mi lado esperando órdenes.

Hice señas para que caminaran y emprendieron la marcha. Hombres, mujeres y niños siguieron la camilla en absoluto silencio. Yo esperé que pasaran todos y seguí, también en silencio, a la fúnebre comitiva por el sendero de tierra, que serpenteaba por entre los árboles de la selva. Cruzamos todos el río Utunkus y ellos se detuvieron para asearse y cambiar de ropa, querían estar bien presentados cuando llegaran al hospital.

Yo me adelanté, precavido, para preparar el ambiente en el hospital, antes de que llegaran con la enferma. Encontré al médico y le hice un relato minucioso de lo que ocurría. Lo puse al tanto de las creencias arraigadas de los shuar en lo referente a enfermedades y la fe ciega que tenían en el uwishin. El éxito de su gestión en el tratamiento de la enferma era de vida o muerte, un golpe decisivo a las inveteradas creencias de los shuar. También sugerí la forma de dialogar con los acompañantes, para conseguir este mismo objetivo.

Nos entendimos y el anticiparme a hablar con el doctor dio el resultado que yo esperaba. Llegaron los portadores con la enferma en la camilla. Colocaron a Wani en la mesa de atenciones y el médico ordenó aplicarle la primera inyección. Los shuar esperaron fuera de la habitación, temiendo que de un momento a otro le comunicaran la muerte de Wani, pero no sucedió como esperaban.

Al saber que seguía viva y que había mejorado, regresaron a sus viviendas de Utunkus. Únicamente quedó con la enferma su esposo. Al día siguiente, de mañana la visité de nuevo. La encontré en estado normal.

Conversé con ella, preparándola para que me respondiera algunas preguntas que habían despertado mi curiosidad. Cuando le pregunté en dónde había aprendido aquel canto de lengua y entonación tan distinta de los anent que se cantan en las celebraciones shuar, contestó con naturalidad que cuando era muy niña su padre la había llevado en compañía de su madre en un viaje muy lejos, donde vivían gentes de otras tribus. Allí había aprendido el canto y lo recordaba todavía. Lo que no acertó a explicar fue por qué lo cantaba. Por más seguridad, la retuvieron por espacio de algunos días en el hospital de Sucúa. Luego volvió a su casa de Utunkus. Desde entonces no volvieron a oírla cantar como en días anteriores al tratamiento en el hospital.

NAKAIMP

Era una chica que frisaba en los doce años. Me encontré con ella la primera vez después de la celebración de la Eucaristía en Huambi. Estaba sentada sobre una piedra, apoyada en la pared de

tablas de una casa de blancos. Solita, con una mirada inquieta e inteligente, la cabellera abundante le caía libremente por las espaldas, ceñida la cabeza con una cinta roja. Unos tatuajes rompían el color bronceado de su rostro.

Llevaba aretes pendientes de los lóbulos de las orejas. Estuvo siguiéndome con la mirada, antes de llegar yo frente a ella. Entonces me detuve y nos saludamos. Fijé en ella la mirada, sonriéndole en silencio. Ella correspondió con otra sonrisa y también sin articular palabra.

Haciéndome el comedido, comencé el diálogo.

– ¿Cómo te llamas?

– Nakaimp.

– ¿Qué haces aquí?

– Espero a mamá.

– ¿Dónde está?

– Entró para comprar sal.

– ¿De dónde eres?

– Del otro lado del río.

– ¿Vinieron para hacer las compras?

– No, vinimos a la misa.

– ¿Estás bautizada?

– Sí, estuve como interna en la Misión, pero cuando vino el sarampión, caí enferma, las hermanas me llevaron a mi casa y yo no volví al internado.

– ¿Y no te gustaría volver a la misión?

- No sé.
- ¿Qué año de escuela terminaste?
- Tercer año.
- Es una pena, que dejaras la escuela. Tengo la impresión que eres muy inteligente, pero si sigues en la casa no terminas ni la instrucción primaria. ¿Por qué más bien no vuelves?
- Mi madre no me dejará volver, porque necesita que la ayude en la casa, papá tampoco me dejará volver a la Misión.

No se levantó y continuó sentada sobre la piedra. No insistí más. La invité a que volviera de nuevo a misa, y cuando la semana siguiente visité la zona del otro lado del río, la invité para que asistiera a la reunión con sus padres. Nos separamos.

Su padre vivía ahora con una sola mujer. Se notaba en su aspecto una fuerte preocupación. En la reunión se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo. Solamente de vez en cuando se lo vio conversar con alguno de los que estaban a su lado. Me costó no poco llegar a conocer la causa del amargo resentimiento que la aquejaba. Cuando unos colonos llegaron de la Sierra, se radicaron al otro lado del pequeño riachuelo que separaba las tierras de los apaches de las de los shuar. En los primeros tiempos los serranos llegaban, pasaban unos días en las nuevas propiedades y se asentaban.

En aquellos primeros tiempos, no contaban con nada: ni una planta de plátano, ni una planta de yuca: nada de nada. En los días que pasaban como vecinos suyos, el padre de Nakaimp les ofrecía alimentos diariamente, hasta que finalmente pudieron cosechar algo de lo que habían sembrado. Él mismo desmontó y entabló un par de hectáreas de potrero para dos vacas y un caballo que trajeron de fuera. Al principio se llevaban bien y le resultaba agradable la vecindad. Pero muy pronto se dio cuenta que uno de ellos comenzaba a interesarse por su hermana casada.

Un día, cuando regresaba del campo, al atardecer, se encontró con un desagradable cuadro. En su casa encontró al colono con su hermana. El dolor y la rabia le hicieron perder la razón. Enfurecido y fuera de sí, agarró la escopeta que colgaba de la pared y disparó al colono que huyó y logró salvarse, perdiéndose entre los árboles. Entonces se volvió contra su hermana, le disparó dos veces y la mató.

Llegó la noticia de lo sucedido a conocimiento de las autoridades. Llegaron otros apaches con un policía, le amarraron a la espalda las manos y se lo llevaron. Primeramente pasó en la prisión de Huambi y luego lo llevaron a Riobamba, a una prisión más severa. Cuando llevaron a su padre, unas semanas después, nació la pequeña Nakaimp. Su madre no tuvo problemas en el parto.

En una de mis visitas pastorales a zona de Utunkus, donde vivía Nakaimp, me encontré de nuevo con ella. Le sugerí que volviera a la Misión para continuar sus estudios. La idea le gustó. Me dijo que iría con otra niña Sasck, mayor que ella, que todavía no sabía leer, porque había pasado muy poco tiempo en la Misión y enseguida se había escapado para volver a su casa, desde entonces se había quedado con sus padres. Terminada la misa, me dijo que me esperaría en la orilla del río y corrió a su casa. Cuando llegué al río encontré a ambas niñas sentadas en una piedra. Los canoeros me esperaban con los remos en las manos. Primeramente se embarcaron las dos niñas. Cuando yo bajé de la canoa, las dos, sin esperarme, caminaban ya por el sendero que llevaba por entre los árboles hacia Sucúa. Las alcancé bien entradas en el tramo del camino más ancho, cerca de Sucúa. Noté entonces que Nakaimp cojeaba.

Terminó el cuarto curso con buenas notas. Convencí a las que tenían mejores calificaciones para que terminaran la instrucción primaria. En Macas había ya el Colegio Normal para capacitar a los maestros para las escuelas del Vicariato. También comenzaron a prepararse allí las primeras profesoras shuar. Nakaimp que era

ya adulta, prefirió pasar los últimos años de internado en Sucúa, perfeccionándose en costura y en la cocina. Aprendió a manejar la máquina de coser y confeccionar ropa, con vistas a los requerimientos de la vida de familia: todo lo que pudiera servirle el día de mañana en el hogar.

Nakaimp trabajó por espacio de dos años en Santiago. Al volver, me confió su deseo de permanecer en la Misión para descansar. Ya se había operado en ella un cambio sensible y se avenía más a estar en la Misión que a vivir en su casa de Utunkus. Las hermanas escucharon con agrado su petición y la recibieron en el internado. Un día vino a mi encuentro radiante de contento y me ofreció una carta abierta: Léela, me dijo.

Complacido por la confianza que me brindaba tomé la hoja de papel escrita a mano y la leí. Me reí cuando terminé la lectura de la carta. Nakaimp no cumpliste el más importante pedido: no debías mostrármela. Eso te pedía Domingo.

Domingo terminó la instrucción primaria y más adelante participó en un curso de formación de catequistas en Paute, provincia del Azuay. También él, estimulado por Nakaimp, consiguió una buena educación. El tiempo corría, con cierta frecuencia visitaba a Nakaimp que continuaba en la Misión de Sucúa.

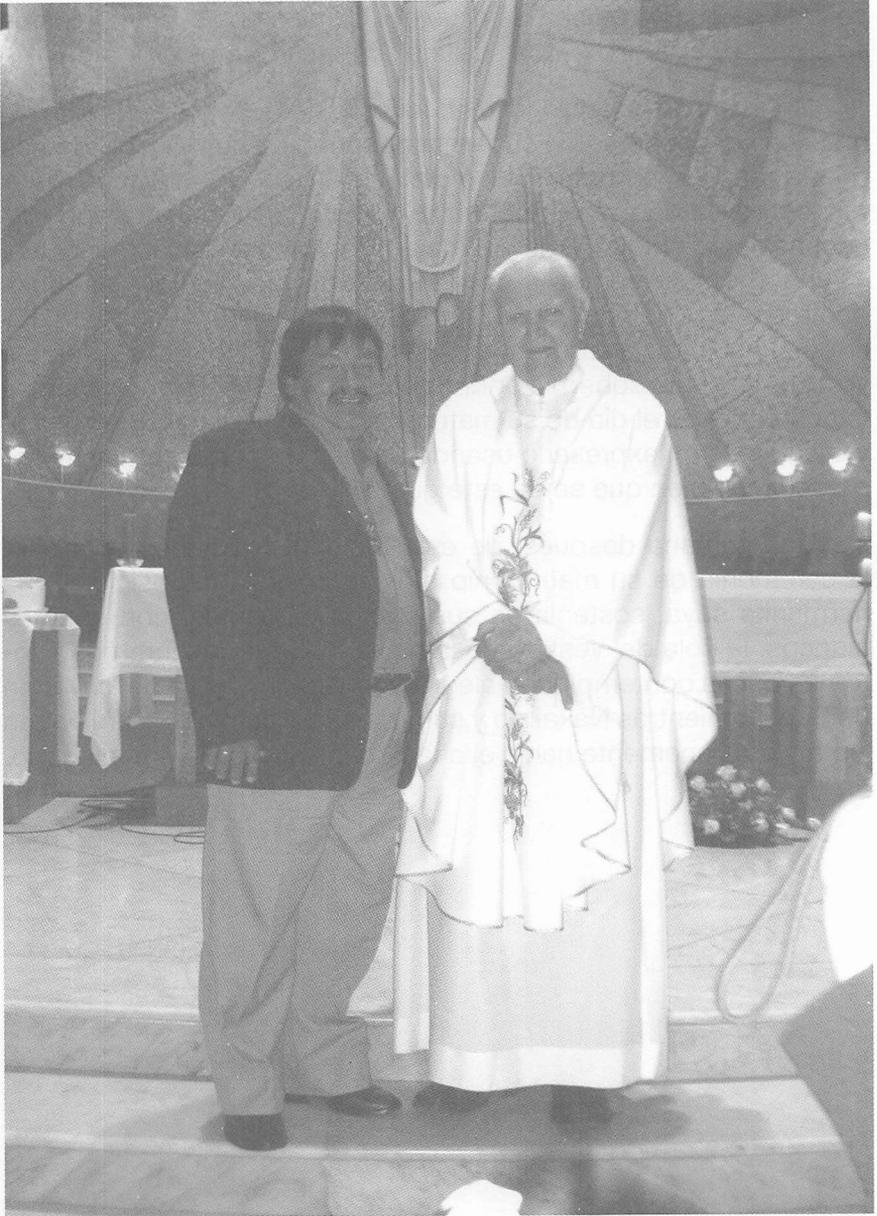
Al fin del año escolar, las jóvenes del Taller de Corte, de la Misión de Sucúa presentaron al público una exposición de sus trabajos de confección. En el centro destacaba, llamando la atención de los curiosos, un blanco vestido de novia, con larga cola.

Con motivo de la visita de un misionero de Yaup', le invité a visitar la exposición. Cuando vio el vestido de novia se acercó al sitio en que se exponía. Lo observó unos momentos en silencio y volviéndose a mí me preguntó: ¿Ya tiene destinataria? ¿Para quién es? Es obra de Nakaimp, le contesté. ¿Y para qué le servirá un vestido de lujo de los apaches a una pobre jíbara?... Lo hizo como prueba de lo que aprendió durante el año en el Taller de Corte. Si se casa puede usarlo para la ceremonia. Después puede cortarlo para vestir a sus niños. Me

percaté de que no estaba de acuerdo. Caminamos unos momentos en silencio y al fin dio rienda suelta a sus sentimientos.

No estoy de acuerdo, dijo en tono de desenfado, así favorecemos los sentimientos de soberbia del pueblo shuar... y olvidamos que la realidad en que vive es distinta. Viven en la miseria, agobiados por la dureza e ignorancia y la mujer no cuenta aún con la consideración que le es debida en la sociedad shuar, concluyó. ¿Cuándo alcanzaremos a sacarla de esta humillante y dolorosa postración? Si no ponemos los medios necesarios, nunca lo logramos. ¿Cuándo alcanzamos a conquistarlo? No pienso, repuse yo, que la innata soberbia podría ser el móvil de esto que tu llamas exageración. Si el día de su matrimonio es el más bello de su vida y ella piensa en expresarlo usando un vestido como este, a mí me parece muy bien que se dé este gusto.

Una semana después, de este diálogo, Nakaimp, lucía para la ceremonia de su matrimonio el vestido de la exposición. Una hermanita suya, sostenía en sus manos diminutas, con guantes blancos, la cola del vestido de la novia. El canto de internos e internas que la contemplaban alegres, llenaba la capilla de la Misión de Sucúa, mientras Nakaimp y su prometido Domingo, caminaban lenta y solemnemente hacia el altar. Yo mismo oficié emocionado.



En la Catedral de Macas.



P. Shutka, en la esquina, con los Misioneros, P. N. Fernández, P. Juan Bottasso, P. Telmo Carrera, José Rivadeneira.

LA FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN SHUAR

Nota

Sobre el origen y la estructuración de la Federación Shuar el P. Alfredo Germani escribió un libro que abunda en detalles sobre las motivaciones que llevaron a su fundación y describe el contexto en que la iniciativa tomó cuerpo.

El título del volumen es un tanto largo: “La Federación de Centros Shuar, solución original a un problema actual”. Quienes desean tener una idea cabal sobre este tema, es imprescindible que acuda a la obra del P. Alfredo (Aijju).

Aquí se reproduce solamente las actas de la sesión de fundación. Son textos interesantes para comprender el espíritu con el cual nació la institución. Comparándolo con la mentalidad actual, salta a la vista que los cambios que se han venido dando no han sido pequeños. En el tono y en el estilo, aquella asamblea se

asemejaba más bien a una reunión de exalumnos salesianos. En efecto, por otro lado, todos los participantes habían pasado por el internado de una misión.

Como el secretario de la asamblea era el mismo P. Juan Shu-tka, los textos que aquí aparecen son de su autoría y reflejan su mentalidad.

Antecedentes: La primera Asamblea General de Dirigentes Jíbaros, celebrada en Sucúa en los días del 12 al 15 de septiembre de 1961 hizo pensar en una reunión de mayor importancia. El Resumen de las Obligaciones y Derechos de las Autoridades dependientes de la Misión Salesiana de Sucúa dio pie a los Estatutos de la Asociación de Centros Jíbaros de Sucúa, aprobados el 18 de octubre de 1962. Sucesivamente iban penetrando las ideas de una organización más general y perfecta. El Rev. P. Aurelio Pischedda presentó el informe de la labor realizada con los Jíbaros de Sucúa ante los Sres. Directores de las Misiones. Se manifestó allí el deseo de una reunión cumbre para los misioneros y personeros principales y destacados de los Centros Jíbaros del Vicariato. Efectivamente el Excmo. Mons. José Félix Pintado aplaudió la idea y la hizo propia. Se prepararon esquemas, temas y horario. Aprobados por el Excmo. Sr. Vicario, el Revmo. P. Inspector y corregidos por los Sres. Directores, se establecieron las fechas de la celebración de la Primera Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros para los días desde el nueve al trece de enero de mil novecientos sesenta y cuatro.

Actas de la primera sesión

Día 9 de enero de 1964,

En el Salón de Actos de la Misión Salesiana de Sucúa, a las 5 de la tarde se dio el comienzo de la primera Convención Provincial de dirigentes jíbaros con el canto del Himno Nacional coreado por los presentes. Inaugurada la Primera Sesión de Dirigentes Jíbaros el Revmo, el P. Valentín Aparicio da la bienvenida a los participantes y aplaude el entusiasmo de los líderes jíbaros que acudieron a esta

primera Convención Provincial. Agradece al Excmo. Monseñor y al Revmo. P. Inspector esta preciosa iniciativa, subrayando la ejemplar solicitud con que acudieron los Misioneros y los Jíbaros a la llamada para esta convención. Manifestó el deseo de que las reuniones tuvieran éxito pleno y que se repitieran periódicamente cambiando el lugar. A continuación el Rev. P. Secretario presentó la Directiva Ejecutiva de la Convención en persona del Excmo. Sr. Vicario, Excmo. P. Inspector, Revmo. P. Procurador y el Revmo. P. Director de la Misión de Sucúa. Integran la Secretaría los Sres. Alfonso Papue y Felipe Huajay. A la presentación de todos los participantes y delegados mencionando el lugar y dignidad personal siguió la lectura del horario diario y general de las jornadas. Por Secretaría se dio lectura de los temas a tratarse subrayando la conferencia sobre el trabajo y la propiedad, la educación y el cooperativismo. Luego el Excmo. Monseñor José Félix Pintado felicitó a los delegados jíbaros de los diferentes sectores de la provincia por su participación y explicó la trascendental importancia de esta Convención para los Centros representados. Indicó, además, la necesidad de la mejora de la vivienda jíbara. La Primera Asamblea acordó enviar un telegrama de adhesión a la Hble. Junta Militar, al Sr. Ministro de Previsión Social, al Sr. Ministro de Educación al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, a Alianza para el Progreso, al Centro de Reconversión del Azuay, a la Asistencia Social de Cuenca. Se aceptó la propuesta del Revmo. P. Procurador de enviar una solicitud planificada al Punto IV Sobre la vivienda.

Siendo exactamente las 6.00 de la tarde se clausuró la sesión inaugural de la Asamblea con el Himno al Oriente. *Sucúa, 9 de enero de 1964.*

Actas de la segunda sesión

En el Salón de Actos, a las 8.00 a. m. se dio comienzo a la nueva Asamblea. Después de la lectura del Acta de la sesión inaugural se escuchó la conferencia sobre la Alianza para el Progreso, su origen, su trayectoria y resultados actuales, subrayando la urgente necesidad del trabajo y ayuda mutua para la realización de

los ideales. Solo con el espíritu de hermandad, espíritu cristiano se conseguirá la transformación de nuestra sociedad shuar. Se manifestó nuestro común y sincero reconocimiento de gratitud al inmortal John F. Kennedy, creador de Alianza. Al concluir el conferencista, entregó a los Misioneros participantes una copia de “Información Semanal”, N.º 23, Diciembre 16.

Conclusiones

1. Fomentar el espíritu de unión y hermandad.
2. Luchar contra las divergencias y enemistades de antaño.
3. Favorecer las reuniones, trabajos colectivos entre los Centros de una Misión para eliminar así las enemistades y odios existentes entre jíbaros.
4. La Asociación de Centros Jíbaros de Sucúa, en homenaje al presidente Kennedy decidió dedicarle una escuela de jíbaros en Yambaza.

A las 10 a. m. se dio lugar a otra reunión siendo el tema a tratarse: Vicios en la familia, sostenido por el Prof. Bosco Chumbí. Los tópicos tratados por el conferencista fueron la inmoralidad, los brujos, la borrachera. Enseñó normas del cuidado de los niños, uso del vestido e higiene del hogar. Trató con acierto la cuestión de brujos entre jíbaros, demostrando ser la causa de discordia, odios y enemistades entre jíbaros, puesto que al suceder un caso de muerte, siempre el brujo manifiesta que él la causó. De allí se deducen venganzas y matanzas antiguas. Manifiesta la necesidad de una acción de persuasión para el abandono de la brujería y si no basta, solicita la intervención de la autoridad civil para que con castigos severos se consiga extirpar la causa de tan funestos daños. Subrayó la necesidad de la creación de botiquines para proporcionar a la gente una intervención digna en casos de enfermedad. Afirmó que, en los centros en que existe un botiquín disminuye y casi desaparece la intervención del brujo. Al tratar el tema del uso de alcohol. Dijo que tribus enteras desaparecieron en

Tierra de Fuego debido a este vicio. Indicó también que los jíbaros, hoy, deben transmitir sangre buena que heredaron de sus padres y no una existencia viciada por el trago. Demostró lo funesto del abuso del aguardiente, indicando la humillación del hombre racional al perder su dignidad y rebajarse a sí mismo.

Indicó, además, ser con frecuencia causa de disgustos entre amigos y familiares el uso del aguardiente, por debilitar el control en el hombre. La plata pertenece a la familia. No es justo malgastarla mientras los hijos sufren privaciones, desnudez y hambre. El hombre no debe ser egoísta, debe pensar en su esposa e hijos, sacrificarse para el bien de su familia. Un prolongado aplauso agradeció al conferencista.

Conclusiones

1. Conservar y ampliar mayor espíritu cristiano en el matrimonio y en el hogar.
2. Los jíbaros no deberían copiar los defectos de los colonos, sino los buenos hábitos.
3. Se acepta el uso del aguardiente pero se rechaza el abuso.
4. El Excmo. Sr. Vicario prometió premiar a los padres de familia que tengan más hijos, concediéndoles la beca para hacer estudios a uno de los hijos.

En un ambiente entusiasta se clausuró la segunda sesión de la Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros, siendo las 12.30 p. m.

Sucúa, 10 de enero de 1964.

Actas de la tercera sesión

El timbre señaló el comienzo de la tercera sesión a las 2.00 p. m. Inmediatamente tomó la palabra el Dr. Arturo Barros, médico del Hospital Pío XII con una conferencia sobre hogar y salud. Enseñó normas para conseguir una vivienda sana e higiénica. La vivien-

da debe ser cuidada y limpia. Se peca por falta de ventilación suficiente. Recomendó el aseo personal que debe hacerse por lo menos tres veces al día: por la mañana, a mediodía, antes de la cena. La alimentación debe ser variada e higiénica. Para conseguirlo sugiere aseo en la preparación de alimentos. Acentuó el cuidado con el agua, por el grave peligro de enfermedades parasitarias, tan abundantes en clima tropical. Propuso el uso constante del agua hervida. Al hablar del cuidado del niño indicó que todo niño debería nacer en el hospital. Exhortó a la precaución de una desinfección suficiente durante el parto. Indicó la necesidad del aseo de pañales, su lavado y planchado. Durante el período de lactancia hay que tener mucho cuidado con el niño, el aseo del tetero, atenderlo no más de cada tres horas y no siempre que lllore. Las manos del niño deben ser limpias. Hay que desarrollar la campaña de prevención, colaborar con los vacunadores. Al hablar de la chicha indicó ser de obligación moral el impedir su preparación en forma antigua por el peligro de la tuberculosis.

Conclusiones

1. Procurar tener una vivienda sana e higiénica, procurando que el lugar de estar de los niños tenga piso de caña o de madera.
2. Desarrollar una campaña en pro de centros de maternidad y dispensarios médicos, procurando así rebajar el tremendo porcentaje (62 %) de la mortandad de niños menores de un año.
3. Evitar la acostumbrada fabricación de nijamanchi, reemplazándola con un molino u otras formas más higiénicas.
4. Proscribir el uso de ayawaska y demás narcóticos.
5. Educar al pueblo con películas ilustrativas

Después de un breve intervalo siguió la sesión con la conferencia sobre unión y espíritu cristiano, sustentada por el Rev. P. Martín Fernández y el Sr. Pedro Chuindia. El cristianismo transformó la sociedad en que reinaba la esclavitud. La vida

cristiana ejemplar eliminará las pequeñas divergencias que existen entre las dos razas de nuestra sociedad oriental.

Siendo las 5.30 de la tarde se clausuró la tercera sesión de la Primera Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros.

Sucúa, 10 de enero de 1964.

Actas de la cuarta sesión

Terminada la lectura de las Actas de la Sesión anterior y siendo las ocho de la mañana se dio comienzo a la cuarta sesión con una conferencia interesante sobre el trabajo y la propiedad. El experto conferencista, Revmo. P. Ángel Andretta, trazó un proyecto perfecto sobre el trabajo para la familia shuar. Demostró ser un mandato de Dios el trabajo: el que trabaja se asemeja a Dios quien trabaja y sostiene el mundo. El que no trabaja no sirve para la sociedad. El trabajo es la fuente del bienestar común y social. Es la verdadera y única fuente de riqueza. Es el único medio de hacerse rico, elevarse social, económica y moralmente. Equivocado es pensar en una riqueza pasajera como la venta de un entable: esa es una extinción de la riqueza, la verdadera riqueza está en el trabajo de la tierra. El trabajo debe ser inteligente: no hay que trabajar sin horario y sin un fin por delante. Señaló las varias formas del trabajo: individual, colectiva, contratada. El trabajo individual debe contar, además de sus brazos, con herramientas y la bendición de Dios, con un plan preestablecido para todo el año. El trabajo colectivo es ya una realidad: se hacen mingas. Hay que evitar que se transforme en ocasión de peleas, de corrupción por las conversaciones. El que está mejor económicamente hace contratos, pagando. Como centros del trabajo indicó ser la agricultura y ganadería, por ser esta una zona de rendimiento máximo para la ganadería. En derredor de la ganadería hay el cultivo de café y demás productos agrícolas, algunos de los cuales sirven para negocio, y los demás garantizan la satisfacción de la necesidad de una buena alimentación. Como estímulos para el trabajo ganadero señaló las ferias ganaderas, basado en la espléndida experiencia de ferias ganaderas en Bom-

boiza. La colocación del producto debe ser inteligente. Hay que estar atentos en los negocios. Las autoridades del Centro deben intervenir y aconsejar. Al tratar de la propiedad dijo que es, debe ser inalienable, no se puede vender ni permutar si no es por otra mejor. El paso mal dado de uno perjudica a toda la comunidad. La comunidad debe ser organizada: si alguien vende su lote es como si entrara una enfermedad a la comunidad, porque aún no saben tolerar al vecino de otra raza.

Hay que legalizar los títulos de propiedad, procurando entregar a los hijos, a cada uno de ellos, un lote suficiente. Si no se cuenta con terreno disponible, hay que lanzarse a nuevas conquistas. “Los misioneros desean, concluyó, formar de vosotros una raza soberbia, inteligente y sana”. Un sincero y prolongado aplauso agradeció al padre conferencista.

Conclusiones

1. Cada familia tenga un terreno para evitar problemas en la sociedad. Hay que tender a una justa parcelación de tierras, desmembrando las grandes propiedades que no trabajan.
2. Defender la propiedad trabajándola, incrementar la ganadería.
3. Procurar legalizar las propiedades con la denuncia. Los delegados sugieren se prolongue el tiempo de reservas de tierras para jíbaros. Con experiencias tenidas hasta acá tener en cuenta estos principios para la organización de nuevas misiones y colonias.
4. Defender los terrenos con la formación de centros.
5. Defender las reservas, pues son intocables.
6. Incrementar el ganado con todos los medios posibles.
7. En los negocios tener siempre en cuenta el Art. 19 de los Estatutos de Centros de Sucúa.

Inmediatamente tomó la palabra el Sr. Julio Sandu, tratando magistralmente el mismo tema en lengua jíbara. Aplausos prolongados manifestaron reconocimiento franco.

Transcurrido el tiempo dedicado a encuentros deportivos, los congresistas se reunieron de nuevo para escuchar el tema de complejos entre jíbaros, tratado por el P. Juan Shutka y Sr. Alfonso Papue, delegado de Yaupi. Se demostró que todo pueblo tiene un modo peculiar de ser, tener su folclore, cantos, industrias. Todos los pueblos procuran conservar esta forma típica de ser. En los viajes de propaganda llevan precisamente lo propio de cada pueblo. Se hacen estudios e investigaciones para conservar la lengua de tal o cual tribu. Los jíbaros, igual que los demás, tienen su forma peculiar de ser: tradiciones, cantos, industrias. Pretender derrumbar sus costumbres en forma rápida y violenta es destruir lo más precioso de su raza. Para evangelizar una tribu, habría que conocer y penetrar en su espíritu y adaptarse más a su modo de ser. Una tribu o un pueblo vive esta su peculiar vida durante su estado primitivo. El choque sucede al toparse dos pueblos o dos razas. Entre nosotros la raza jíbara y mestiza, de la Sierra. Sucede entonces un fenómeno que llamamos complejo. Es una forma especial de manifestarse ante una raza distinta de la propia. Los colonos, acomplejados, abandonan sus formas de ser y vestir propias de la Sierra: se aclimatan. El complejo entre jíbaros es de superioridad e inferioridad. El primero se manifiesta en la imitación del colono en todo: en lo bueno y en lo malo. Desprecia lo propio: lengua, costumbres, hasta el nombre de sus antepasados. Es pasivo en la labor social. El complejo de inferioridad se manifiesta en una quietud degenerante ante las nuevas exigencias sociales. No busca una posición social. Imita al colono en lo peor: es borracho, porque cuando borracho se olvida de su debilidad. Es fuerte con los débiles, pega a su esposa y con frecuencia es infiel en el matrimonio.

Conclusiones

1. Hay que incrementar más el folclore jíbaro.
2. Procurar no se pierda el valor precioso de la lengua shuar.
3. Pensar seriamente en una literatura shuar.
4. Ampliar más el museo de Quito.
5. Fomentar las representaciones de escenas de la vida primitiva jíbara en las fiestas y veladas.

En esta sesión, casi de sorpresa, se levantó el Sr. Pedro Tibipa, presentando los saludos de sus centros y con un discurso precioso hizo conocer que los Centros de Limón se hallaban abandonados, solicitando con palabras sinceras y convincentes una ayuda concreta de parte del Excmo. Monseñor y a un padre quien los atienda al Revmo. P. Inspector. También el Rev. R. Procurador prometió ayudarlos un poco más. La intervención fue aplaudida con entusiasmo por parte de todos. La campana del Ángelus dio fin a la cuarta sesión que se desarrolló en un ambiente de sincera comprensión.

Sucúa, 11 de enero de 1964.

Actas de la quinta sesión

El Rvmo. P. Domingo Barrueco, director de Macas, con una espléndida conferencia sobre el cristianismo dio el comienzo a la Quinta Sesión a las dos de la tarde. Todos los congresistas asistieron con ejemplar interés. El conferencista demostró cómo el espíritu cristiano transformó las sociedades adversas y enemigas de la Buena Nueva de Cristo. Una falange de hombres valientes, los santos, en todas las épocas se impuso a las masas. Los antiguos monasterios, focos inteligentes de ciencia y progreso material, demostraron ser la Iglesia de Cristo el hogar del progreso y bienestar. Demostró cómo la fortaleza cristiana de los santos hizo conservar intacto el depósito de la fe y convicciones cristianas en un mundo

pagano y hostil. Dijo que la Iglesia tenía un modelo para toda clase de actividades modernas en sus santos. Luego, con palabras exactas y claras, subrayó la labor evangelizadora y civilizadora de Don Bosco en Ecuador y más particularmente en las misiones, desde la llegada de los primeros misioneros a Gualaquiza en 1894. Hizo notar una posible actual situación de los jíbaros sin la obra misionera. Con momentos de conmovido silencio se escuchaban las palabras del conferencista y un devoto aplauso agradeció la conferencia tan completa.

Conclusiones

1. Un vivo aprecio por la obra misionera y por los misioneros. Hablar siempre bien de ellos.

Por parte de los delegados hubo numerosas intervenciones, agradeciendo todos ellos a los misioneros por sus trabajos y sacrificios. Se recalcó mucho el pensamiento: “¿Qué sería de nosotros sin los padres misioneros?”. Ideas sinceras repercutieron en la sala.

El delegado de Santiago Sr. Pedro Mashumbra presentó los saludos él Sr. Juan Arcos y de los jíbaros de esa zona, solicitando una ayuda por parte de la directiva para esa misión. Nos duele, dijo, que no tenemos un padre quien nos atienda y nos ayude en Santiago. Existe en efecto allí una misión, internado, sin personal salesiano hasta ahora.

Por falta del Sr. Jefe Político quien debía dictar una conferencia sobre “Cualidades de la Autoridad” se prolongó la mesa redonda. Una discusión interesante se suscitó sobre la palabra jíbaro. Se concluyó usarse la palabra SHUAR en los documentos y escritos oficiales.

Siendo las 5 de la tarde se clausura la quinta sesión de la primera Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros.

Sucúa, 11 de enero de 1964.

Actas de la sexta sesión

La Sesión de hoy fue honrada con la presencia de las Revdas. Madres Salesianas y profesoras de la escuela Mercedes Navarrete en vista del tema a tratarse: Educación, presentado por el Rvmo. P. Guido Camillotto, director de la Misión de Bomboiza y el Sr. Miguel Tankamash, presidente de la Asociación de Centros Jíbaros de Sucúa. Terminada y aprobada la lectura del Acta de la Quinta Sesión tomó inmediatamente la palabra el Rev. padre conferencista. Con un estilo sencillo enumeró las etapas de la educación general a lo largo de la historia, para descender luego a tratar específicamente sobre el tema de educación en nuestro Vicariato. Agradeció al Excmo. Monseñor por sus esmeradas atenciones en el campo educacional. Demostró que el internado para los jíbaros es la mejor y más eficaz forma para conseguir la transformación de un individuo. Habló de la experiencia de los PP. Jesuitas y del fracaso en este campo, debido sobre todo a que no se dedicaron a la educación de la niñez, sino a la evangelización del jíbaro adulto. Señaló así mismo los resultados de esta labor: existen hoy 4 profesores normalistas urbanos de la raza jíbara, 2 profesores normalistas rurales, un grupo de 9 estudiantes normalistas en Macas, otros que estudian en Paute, en Yanuncay. En todas las misiones se manifiesta un deseo grande de superación en el campo educacional. Largo camino se hizo desde el 1 de mayo de 1916 en que el Revmo. P. Telésforo Corbellini echaba en Indanza las bases del primer internado de jíbaros con tres pequeños hijos de la selva. Gualaquiza, Méndez Kuchantsa, Sucúa, Sevilla, Bomboiza, Chiguaza, Yaupi y Taisha son testigos elocuentes de esta labor y vosotros la reconocéis y aplaudís, dijo. Pero para ampliar más aún este beneficio, pidió una educación esmerada, civilización y evangelización de todos los jíbaros del Oriente. Demostró que, sin conseguir una educación que alcance a todos los niños de la edad escolar, se perdería el tiempo, pues siempre habría jíbaros no capaces de responder por sí mismos. Para conseguirlo más fácilmente sugiere agrupar a los jíbaros en centros que tengan una escuela para ir despertando en el niño el interés por el aprendiza-

je. Sugiere la creación de escuelas en los centros que cuentan con un número suficiente de alumnos, creación de asilos o *kinder* para la Misión de Bomboiza. La escuela y el internado son la salvación de la raza jíbara. El mismo Gobierno piensa apoyar las escuelas mixtas: enseñanza teórica y trabajo, como se acostumbra en nuestros internados. Al hablar de la educación en concreto, indicó: el Colegio Normal de Macas cuenta con 140 alumnos y alumnas. La Escuela Agrícola de Paute con 27 alumnos. Existen 5 jardines de infantes, 16 de Corte y Confección, 8 oficiales y 8 misionales. Existen 74 escuelas primarias. 170 profesores, de los cuales 86 oficiales y 74 misionales que paga el Vicariato.

Hay 4000 alumnos, 1790 Internos. Se hace urgente pensar en una escuela de líderes. Según el Censo, existen en la Provincia 17 000 colonos y 12 000 jíbaros. Urge pensar en una educación esmerada en vista de su importancia. Concluyó esta brillante conferencia invocando a Don Bosco, educador excepcional para que se cumplan todos los deseos en este campo.

Un fuerte y prolongado aplauso manifestó el agradecimiento por la conferencia expuesta.

Inmediatamente tomó la palabra el Sr. Miguel Tankamash para tratar el mismo tema en jíbaro. A las consideraciones anteriores añadió la realidad: ningún colono, no obstante ser hermano nuestro, dijo, hizo algo por nosotros en el campo educacional. Desafió a los congresistas le presentaran un solo jíbaro quien se crio en casas de blancos y haya terminado su primaria. Subrayó por el contrario el beneficio inmenso que realiza la Misión Salesiana al educar a sus hijos y pide que todos trabajen con esmero por la educación de la niñez. No se puede decir hoy “¿qué tengo que ver yo?, no es mi hijo”. Afirmó: todos somos responsables en este campo. Indicó, además, la responsabilidad de padres de familia en conseguir a sus hijos los útiles escolares, vestidos más decentes y una alimentación suficiente para sus hijos. Fue aplaudida la intervención.

El Excmo. Sr. Vicario agradece a los conferencistas y a las Rvdas. Madres y profesoras por su participación a esta sesión.

Conclusiones

1. Dese mayor importancia al habla del castellano en las familias y escuelas para facilitar la instrucción y el aprendizaje.
2. Considerar la forma de aumentar las escuelas y el profesorado en las misiones.
3. Procurar y estudiar la forma de tener una escuela de líderes en el Vicariato. Esta conclusión fue subsanada con espera de algunos años, según manifestó el monseñor.

El Rev. P. Barrueco sugirió formar una biografía de Vicente Hambutsara. Procurar que los jíbaros no cristianos internen a sus hijos en la Misión, valiéndose del parentesco, para fomentar la educación cristiana. Difundir la fe cristiana por medio de catequistas jíbaros. Monseñor dijo que la formación de los catequistas depende de la cultura de los padres de familia cristianos, sin la cual iría desapareciendo poco a poco.

A continuación el Sr. Migual Nantipia, presidente de Centros de Bomboiza, presentó los saludos de los pobladores de sus centros, manifestándose muy complacido y agradecido al tener la suerte de poder participar a las reuniones. La sesión gozó de tanto interés que el tiempo no permitió desarrollar todo el programa y la conferencia sobre el deporte se postergó para el día siguiente, sin poderse realizar. Las interesantes impresiones prolongaron la sesión en los patios de la Misión. Se clausura a las 12.30 de la tarde.

Sucúa, 12 de enero de 1964.

Actas de la séptima sesión

A las dos de la tarde se dio comienzo a una nueva sesión, séptima hasta acá con el programa sobre el cooperativismo. El Revmo. P. Franco Formari, director de la Misión de Aguacate sustentó

una interesante conferencia sobre el cooperativismo. Sus palabras dejaron honda impresión en todos. El padre conferencista participó a un cursillo sobre cooperativismo en Lima. Explicó primeramente los principios fundamentales de la cooperativa:

1. Libre adhesión: la puerta está abierta para todo el que quiera asociarse. No hay escogencias entre personas.
2. Control democrático: cada socio tiene derecho a un solo voto.
3. Interés limitado: las aportaciones reciben interés.
4. Devolución del excedente: no se persigue lucro. Los excedentes son devueltos al socio en proporción a las operaciones.
5. Venta al contado. Se prohíbe el vicio de las “facilidades”.
6. Neutralidad política y religiosa: sin diferencias por razones de raza, color o credo.
7. Fomento de educación: educación cooperativa para todos.

El cooperativismo es un movimiento mundial, basado en principio evangélicos, que trabaja, con la cooperación mutua para desterrar la miseria y elevar a los socios a un nivel económico y social digno de seres humanos. Donde se fundó una cooperativa comenzó a reinar el bienestar y la felicidad, dijo. Desde el punto de vista individual una cooperativa eficientemente organizada resulta de interés para la integración educativa del individuo. Los principios cooperativos de “pagar al contado”, de “interés limitado”, de “estímulo a la educación” son nociones de alto valor moral y social. Al individuo le enseña a mantener una alimentación equilibrada, a utilizar el presupuesto familiar para los gastos personales, a ahorrar sin esfuerzo, a aplicar consejos útiles para la vida diaria; en las relaciones humanas le enseña a mantener alto espíritu de sociabilidad y comprensión mutua de los problemas personales, a participar en actividades y asistir a reuniones, aga-

sajos, festejos, etc. Biblioteca, cooperativa, películas, folletos, carteles, son los vehículos que la cooperativa utiliza para los fines educativos. La cooperativa eleva el nivel de la comunidad, porque reúne en ella dos aspectos básicos de la comunidad: el social y el económico en forma equilibrada. Sirve para crear, transformar y conservar la riqueza latente de la comunidad por medio de la ayuda propia de los individuos que la componen. La cooperativa, además, completa la actividad gubernamental en los programas de bienestar social. Es por eso que el Estado fomenta las cooperativas. Dicta medidas legales para regularizar la situación de cooperativas y dar normas para las nuevas. En el Ecuador, el Gobierno se interesa y preocupa mucho por el movimiento cooperativista, favoreciéndolo.

Conclusiones

1. Fomentar el espíritu cooperativista, en todos los centros, educando a los pobladores.
2. Ir preparando el terreno por medio de charlas oportunas, para la cooperativa de ahorro.

El Excelentísimo Monseñor agradeció la intervención del Rev. padre conferencista y ofreció una ayuda a la primera cooperativa entre jíbaros. Subrayó la necesidad de la cooperativa de ahorro y crédito, agropecuaria y de la vivienda, señalando el aspecto educativo e higiénico de esta última.

Se hizo notar, que, por ejemplo en Sucúa, existía ya muy desarrollado el sentido de ayuda mutua y cooperativista. Se realizan mingas de aserrío de una semana entera, concentrando allí aserradores de todos los demás centros. Ya se trabajó en cuatro centros y se piensa seguir el trabajo. Los resultados conseguidos, se dijo, son excelentes al considerar las discordias y enemistades de antaño, existentes entre los Jíbaros. Se sugirió realizar una obra similar provincial. Se desistió en vista de serios problemas, originados sobre todo con la movilización de la gente. Después de un breve descanso, siguió la

mesa redonda sobre los Estatutos de la Federación de Centros jíbaros.

El P. Secretario dio lectura a los Estatutos de la Asociación de Centros Jíbaros de Sucúa. Los de la Federación se basarían en los de la asociación. Al encontrar serias dificultades relacionadas con la formación de los estatutos, el Excmo. Monseñor nombró una comisión en personas de los Rvdos. Padres Domingo Barrueco, Domingo Pérego y Juan Shutka para que ellos presentaran un modelo de estatutos.

Después de un merecido descanso el Rev. P. Franco Formari habló sobre la cooperativa de ahorro, demostrando su importancia, ventajas y excelentes resultados. Como conclusión presentó el anhelo de que en cada Centro Misional exista una cooperativa de ahorro y crédito.

Siendo exactamente las cinco de la tarde se clausuró la séptima sesión en un ambiente de abundantes comentarios y mucho interés.

Sucúa, 12 de enero de 1964.

Nota: La comisión para elaborar los estatutos se redujo a solamente el P. Juan Shutka. En el mes de mayo, junio y julio elaboró el Estatuto de la Federación, y recogió las observaciones de algunos, al finalizar el mes, los presentó en el ministerio de Previsión Social para su aprobación.

Actas de la octava sesión

El escenario de la octava sesión fue la escuela Vicente Wamputsara de Seipa. Se realizó una excursión. Las opiniones relacionadas sobre la vivienda jíbara fueron muy variadas. Predominó el parecer de casas aisladas, en el lote familiar de cada individuo, no muy alejadas del centro en donde debe existir lo dispuesto por el Art. 14 de los Estatutos. Son de subrayar las impresiones de los delegados de otras misiones al encontrar en Seipa un adelanto

tan consolador: una capilla y una escuela terminadas. Los delegados fueron atendidos en abundancia por los pobladores de Seipa. Durante la intervención de varios delegados, estos subrayaron el pensamiento de que, al trabajar unidos, se puede conseguir mucho más y encomendaron la imitación de los pobladores de Seipa en el trabajo colectivo y entusiasta.

Después de una jornada de gratas impresiones, los delegados regresaron a Sucúa, con una decisión nueva de trabajar mejor y llevar a sus centros las experiencias de los Centros de Sucúa.

La Directiva y los Revdos. Padres participantes elaboraron mientras tanto las Conclusiones de la Primera Convención de Dirigentes Jíbaros.

En una nueva sesión de clausura, a las cuatro de la tarde, fueron leídas las conclusiones por la Secretaría y aprobadas por todos los presentes congresistas. Estos las firmaron.

En un ambiente de amistad y mutua comprensión se clausuró la primera Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros entre manifestaciones de sincero agradecimiento por parte de los delegados Jíbaros. El Excmo. Mons. animó a todos los delegados en una preciosa alocución. El Rev. P. Juan Shutka pidió la adhesión a la labor realizada por el Excmo. Mons. Domingo Comín y el Rev. P. Albino Gómez Coello y los demás misioneros quienes con sus sacrificios y heroísmo colaboraron para llegar a la realización actual de un trabajo nunca soñado por ellos.

Siendo las 6.30 de la tarde bajo impresiones de satisfacción se clausuró la primera Convención Provincial de Dirigentes Jíbaros.

Sucúa, 13 de enero de 1964.

P. Juan Shutka, secretario.

Conclusiones de la Primera Convención Provincial de dirigentes Jíbaros del Vicariato Apostólico de Méndez

Trabajo y propiedad

1. Antes de que expire el término de cinco años del Contrato de Reservas, se consiga el título de propiedad tanto para las de la Misión como para las de los jíbaros.
2. Las reservas, aún las parceladas, quedan intangibles para la compra y venta; respecto a las demás propiedades particulares, cada uno puede ejercer sus derechos civiles, pero teniendo en cuenta el Art. diecinueve párrafo tercero de los Estatutos de Centros Jíbaros.
3. La Asamblea urge a cada uno de los propietarios a que trabajen al menos la cuarta parte de su propiedad, conforme lo exige la ley de denuncias.

Educación

1. Se exija la enseñanza primaria en sus seis grados para todos los niños y niñas de edad escolar, dándose preferencia a la enseñanza del catecismo favorecida con los certámenes anuales.
2. Se fomente e incremente el aprendizaje del idioma castellano en las familias y en la escuela.
3. Favorézcase el curso completo de Corte y Confección en todos los Internados de niñas, así como también en otras enseñanzas complementarias de índole social propias de la mujer.

Cooperativismo

1. La Asamblea hace votos para que en todos los centros misionales se establezcan cooperativas parroquiales de ahorro y crédito y de la vivienda.
2. Se haga resaltar su finalidad económica y social, inspirada en los principios cristianos.

3. Favorézcase el incremento ganadero con todos los medios posibles.

Desiderata

1. La Asamblea expresa su voto para que sea una realidad la emisora del Vicariato, favoreciéndose el incremento de los receptores en los diversos anejos.
2. Solicítese la aprobación de los Estatutos en cada uno de los Centros misionales.
3. La Asamblea aplaude y agradece la creación de becas en favor de familias numerosas.
4. La Asamblea desea el incremento de folclore e idioma jíbaro.

Sucúa, 12 de enero de 1964.

P. Juan Shutka, secretario.

Notas

1. El Estatuto de la Federación Shuar fue elaborado y presentado al Ministerio de Previsión Social por el P. Juan Shutka, asesor de la Federación. Fue aprobado en octubre 22 de 1964 por Acuerdo Nro. 2568 de esta fecha... Por el Ministro, el subsecretario. Autorizado por acuerdo Nro. 2249, de 11 de agosto de 1964. Desde la autorización en agosto fueron aprobados en octubre de 1964.
2. En enero de 1973 se elaboró un nuevo Estatuto del Centro Shuar, basado en el original, pero separadas las funciones de las autoridades del Centro de las asociaciones. Cada centro va consiguiendo la personería jurídica a base de este estatuto.
3. En febrero 2 de 1965 empieza a elaborarse y aprobarse los artículos del Reglamento Interno de la Federación que va ampliándose con los años, de acuerdo a situaciones nuevas y necesidades de la organización.

4. En noviembre 15 de 1967 se elabora el Reglamento de Utilización de Crédito para programas de desarrollo ganadero.
5. El Reglamento de Contravenciones fue aprobado en la III Asamblea General el 12 de marzo de 1966.
6. Se elaboró el Reglamento de Planificación física de los centros, pero no ha sido aprobado por la Asamblea.
7. Posteriormente se elaboró el Estatuto por separado de las asociaciones y últimamente, en la 26 asamblea de la Federación, reformado y con asesoramiento de abogados.

Serie Misioneros Salesianos

En los últimos años de su vida, Don Bosco, estuvo en contacto epistolar con las autoridades del Ecuador, tanto civiles como eclesiásticas y su último envío de misioneros tuvo exactamente este país como destino.

Aunque él físicamente nunca haya estado aquí, su presencia se hizo tangible a través de muchos de sus hijos, que encarnaron con fidelidad su estilo de vida y de trabajo.

La Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes, fue pensada por Don Bosco y los primeros salesianos como una Inspectoría misionera. De hecho, apenas asentada la presencia salesiana en el Ecuador, se inició el trabajo evangelizador con el pueblo shuar. Décadas más tarde se amplió la presencia misionera con el pueblo achuar y ya en la década de los setenta con los pueblos kichwas de la Sierra ecuatoriana.

Al celebrarse el segundo centenario del nacimiento del Santo, con la colección MISIONEROS SALESIANOS, la Inspectoría del Ecuador, quiere dar a conocer la biografía, la actividad y el pensamiento de un puñado de aquellos hombres que hicieron palpable el carisma salesiano trabajando en las misiones amazónicas.

